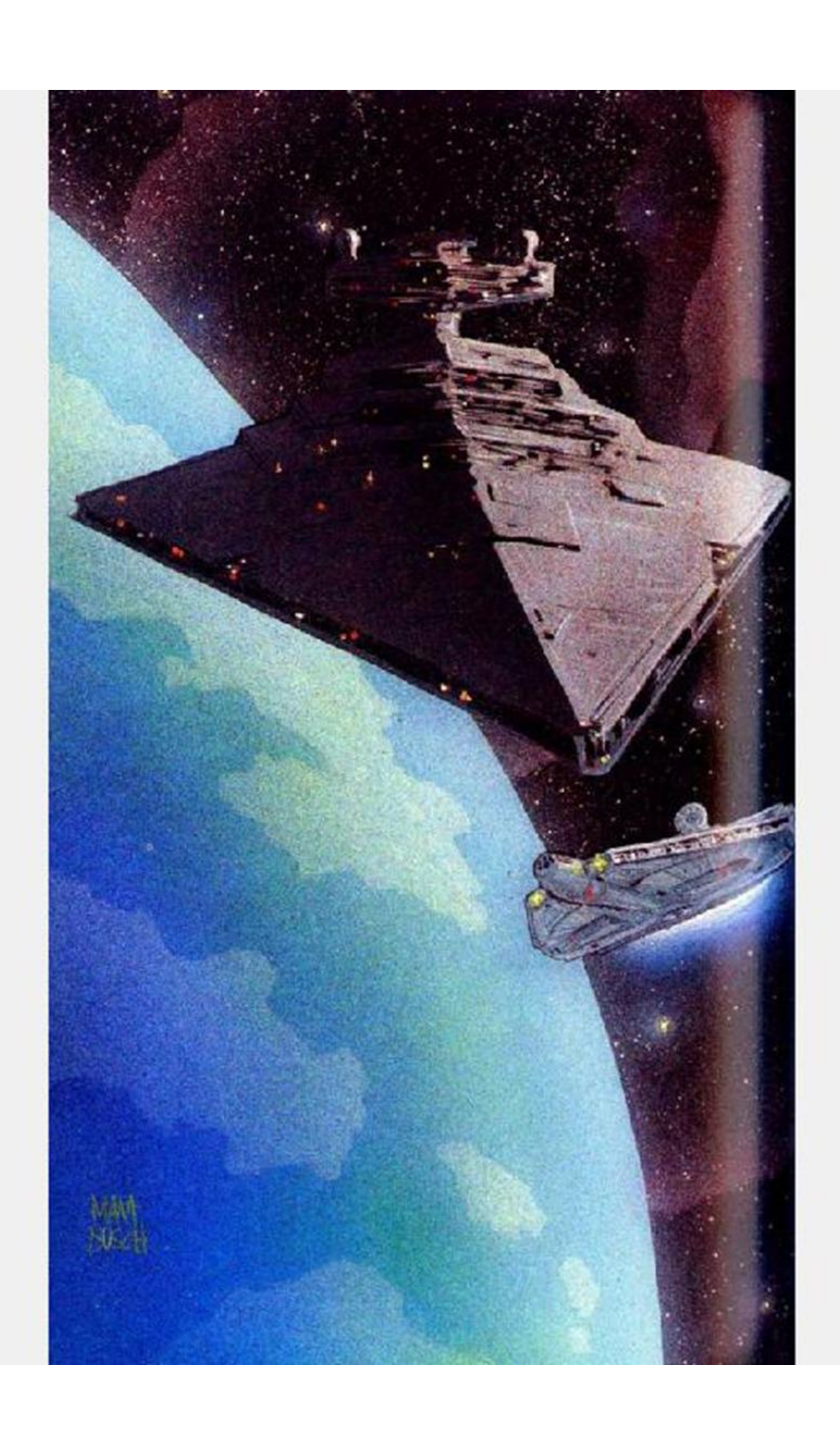


Corran y Hal Horn ya sospechaban de los cuatro extraños que merodeaban por la Calle de la Nave del Tesoro de Corellia: dos contrabandistas, un muchacho joven, y un tunroth. Cuando apareció el cazarrecompensas Jodo Kast, tuvieron el mal presentimiento de que estaba pasando algo grande. Los dos oficiales de SegCor se unieron fácilmente al grupo haciéndose pasar por vagabundos que buscaban trabajo en una de las organizaciones criminales de Corellia.

Corran debió haber sabido que era demasiado para ellos cuando descubrió que los contrabandistas y Kast transportaban cajas llenas de especia de baja graduación y valiosas gemas de fuego Durind. Si iba a descubrir qué negocio ilícito estaba ocurriendo en realidad, no tenía otra opción que confiar en el cazarrecompensas. No esperaba que los encerrara —con el contrabandista Haber Trell y el tunroth— en el calabozo de Zekka Thyne, el jefe criminal del Sol Negro en Corellia…



Viaje Incidental

Timothy Zahn y Michael A. Stackpole

Versión 1.0

07.10.12



Título original: *Side trip*

Partes 1 y 2 publicadas originalmente en *Star Wars Adventure Journal 12*, y partes 3 y 4 en *Star Wars Adventure Journal 13*. Reimpreso en la antología de relatos *Tales from the Empire* y publicado online en *Hyperspace*

Cronología: 2 años D.B.Y (Después de la Batalla de Yavin)

Autores: Timothy Zahn y Michael A. Stackpole

Ilustraciones: Elizabeth Danforth, Matt Busch

Publicación del original: 1997

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Edición: Bodo-Baas (v1.0)

Base LSW v1.1

Declaración

Visítanos para enviar comentarios, críticas, agradecimientos o para encontrar otros libros en:

- Nuestro grupo yahoo: http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/
- En el foro de Star Wars Radio Net: http://foro.swradionet.com/index.php
- O en el Blog de Javi-Wan Kenobi: http://relatosstarwars.blogspot.com.es/

¡Que la Fuerza os acompañe!
El grupo de libros Star Wars

Parte Uno

por Timothy Zahn

El brumoso borde del planeta estaba desapareciendo por la parte inferior de la pantalla visora de la sala de control del *Hopskip*, y Haber Trell estaba tratando de conseguir algo más de potencia de los siempre melindrosos motores de la nave, cuando su socia por fin reapareció tras su excursión por popa.

—Has tardado mucho —comentó Trell mientras ella se dejaba caer a su lado en el asiento del copiloto—. ¿Algún problema?

—No más que de costumbre —le dijo Maranne Darmic, hundiendo su mano bajo el broche plateado que sujetaba su cabello rubio oscuro y rascando vigorosamente su cuero cabelludo—. Las correas de carga han conseguido aguantar ese clásico despegue que te caracteriza. Pero diría que no nos hemos librado de todos los ácaros de la bodega.

—Olvídate de los bichos —gruño Trell. *La próxima vez que tenga una carga desequilibrada veinte grados*, se prometió sombríamente, *haré que* ella *se encargue del despegue. A ver si* ella *puede hacerlo más suave*—. ¿Qué hay de nuestros pasajeros?

Maranne resopló por la nariz.

—Creí que no querías escuchar hablar sobre bichos.

—Cuidado, niña —advirtió Trell—. Nos están pagando mucho dinero por llevar esos blásteres de contrabando a Derra IV.

—Y obviamente no se fían ni un pelo de lo que haríamos con ellos —replicó Maranne—. No los estarían vigilando constantemente de ese modo si lo hicieran.

Trell se encogió de hombros.

—No puedo decir que les culpe por ser precavidos. Desde que había tenido lugar esa gran derrota o lo que fuese en el sistema Yavin, el Imperio ha estado abriendo fuego en quince direcciones a la vez. He escuchado que algunos transportistas independientes que llevaban material de la rebelión decidieron que era más seguro quedarse con el pago por adelantado, tirar la carga, y poner espacio de por medio buscando puertos mejores.

—Sí, bueno, no me gusta transportar para gente desesperada —dijo Maranne, dejando de rascarse la zona que se estaba rascando en ese momento, y pasando a un punto por debajo de su nuca—. Me pone nerviosa.

—Si no estuvieran desesperados, probablemente no estarían pagando tan bien —apuntó razonablemente Trell—. No te preocupes, esta será la última vez que tengamos que tratar con ellos.

—Ya he escuchado eso *antes* —dijo Maranne, resoplando de nuevo.

La alarma del sensor de proximidad comenzó a sonar, y Maranne se inclinó hacia delante para teclear, obteniendo una lectura.

—Claro, esto servirá para pagar las mejoras que quieres en el motor; pero luego querrás mejoras en los sensores, y… —Se detuvo en mitad de la frase.

—¿Qué? —preguntó Trell.

—Destructor estelar —dijo con aire serio, activando la sección de armamento de su tablero y pulsando los inyectores de potencia—. Acercándose rápidamente desde atrás.

—Genial —gruñó Trell, comprobando el ordenador de navegación. Si pudieran escapar a la velocidad de la luz… pero no, la nave aún estaba demasiado cerca del planeta—. ¿Cuál es su vector?

—Directo hacia nosotros —le dijo Maranne—. Supongo que es demasiado tarde para arrojar la carga y hacernos los inocentes.

—Carguero *Hopskip*, aquí el capitán Niriz del destructor estelar imperial *Amonestador* —retumbó una voz áspera por el altavoz—. Me gustaría tener unas palabras con ustedes a bordo de mi nave, si no les importa.

Las últimas palabras fueron acentuadas por un ligero estremecimiento que recorrió la cubierta bajo sus pies cuando un rayo tractor les enganchó.

—Sí, diría que definitivamente es tarde para arrojar la carga —dijo Trell con un suspiro—. Esperemos que sólo estén de pesca. —Inició una transmisión—. Aquí Haber Trell a bordo del *Hopskip* —dijo—. Nos sentiremos honrados de hablar con usted, capitán.



—Bien —dijo el capitán Niriz, con su voz resonando por la vasta extensión vacía de la cubierta del hangar mientras miraba a los cuatro seres que se encontraban ante él—. Muy interesante. Nuestros registros muestran que el *Hopskip* tiene dos tripulantes, no cuatro. —Su mirada se detuvo en Riij Winward—. ¿Son recién contratados?

—Nuestra nave anterior tuvo que partir de Tramanos con cierta prisa —le dijo Riij, esforzándose por dar un aire casual a su voz. La identidad falsa que la rebelión le había proporcionado era buena, pero si los imperiales decidían excavar a través de ella sin duda llegarían a su reciente conexión con la policía de Mos Eisley, en Tatooine. No era una conexión que él quisiera ansiosamente que descubrieran—. Necesitábamos que nos llevaran a Shibric —continuó—, y dado que el capitán Trell se dirigía allí, nos ofreció pasaje amablemente.

—Por una tarifa considerable, imagino —dijo Niriz, volviendo la mirada al musculoso tunroth que se encontraba a la derecha de Riij—. Es extraño ver un tunroth en estos lugares. Supongo que usted es un cazador certificado, ¿no es así?

—*Shturlan* —rumió Rathe Palror, con voz casi sub-sónica.

—Eso significa cazador de clase doce —tradujo Riij, tratando de devolver la atención de Niriz hacia él. Los servicios distinguidos de Palror con los Fusileros de Churhee podrían levantar aún más cejas que el registro del propio Riij si los imperiales lo encontraban.

—Excelente —dijo Niriz—. Los talentos de un cazador podrían resultar útiles en esta misión.

A la izquierda de Riij, Trell se aclaró la garganta.

—¿Misión? —preguntó con cautela.

—Sí. —Niriz hizo un gesto, y un teniente que se encontraba a su lado se adelantó y ofreció a Trell una tableta de datos—. Quiero que lleven para mí un cargamento a Corellia.

—¿Perdón? —preguntó con cuidado Trell mientras tomaba la tableta de datos—. ¿*Usted* quiere que *yo*…?

—Necesito un carguero civil para este trabajo —dijo Niriz. Su voz era áspera, pero Riij podía notar bajo ella un distinguible tono de disgusto—. Yo no tengo ninguno. Usted sí. Tampoco tengo tiempo para encontrar a algún otro que haga el trabajo. Ustedes están aquí. Ustedes lo harán.

Riij estiró el cuello para mirar la tableta de datos por encima del hombro de Trell, con su agitación previa acerca de sus identidades dejando paso a una cautelosa excitación. Que el capitán de un destructor estelar pidiera cualquier tipo de ayuda —especialmente al piloto de un destartalado carguero civil— era algo prácticamente inaudito.

Lo que implicaba urgencia y desesperación; y cualquier cosa que molestase a un oficial superior imperial de ese modo definitivamente era algo que cualquier buen agente rebelde debería tratar de investigar.

—¿Qué te parece? —dijo.

Trell agitó la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Echaría por tierra todo nuestro horario.

Riij pronunció en su mente una serie de vulgaridades altamente ofensivas, asegurándose de que la frustración no se mostrase en su rostro. Trell, por desgracia, *no* era un agente rebelde, ni bueno ni de otra clase, y claramente no quería tener nada que ver con todo eso.

—No nos tomaría tanto tiempo —replicó con cautela—. Y el deber de todo buen ciudadano es prestar ayuda.

—No —dijo Trell con firmeza, devolviendo la tableta de datos al teniente—. Lo siento, pero sencillamente no tenemos tiempo. Nuestro cargamento nos espera en Shibric…

—Su cargamento consiste en seiscientas cajas de salchichas pashkin —le interrumpió con frialdad Niriz—. Supongo que es consciente de que el gobernador ha decretado recientemente que todas las exportaciones de comestibles requieren ahora licencia imperial.

Trell se quedó ligeramente boquiabierto.

—Eso es imposible —dijo—. Quiero decir, los inspectores no dijeron nada acerca de eso.

—¿Cómo de reciente ha sido ese decreto? —preguntó suspicaz Maranne.

Niriz le ofreció una fina sonrisa.

—Aproximadamente hace diez minutos.

Riij sintió un peso en el estómago. Urgencia y desesperación, realmente.

—Así, de pronto, diría que nos han tendido una trampa —susurró a Trell.

Los ojos de Niriz miraron fugazmente a Riij, y volvieron a Trell.

—En cualquier caso, yo estoy dispuesto a pasar por alto ese requisito por esta vez —continuó—. Siempre y cuando estén dispuestos por su parte a entregar sus salchichas un poco más tarde.

—En contraposición a no entregarlas en absoluto —replicó Trell.

Niriz se encogió de hombros.

—Algo así.

Trell miró a Maranne, quien se encogió de hombros.

—Desde aquí, hay dos días de camino a Corellia —dijo ella—. Añade el tiempo de entrega, y estaremos hablando de tres días a lo sumo. Puede ser una molestia, pero nuestro horario probablemente puede adaptarse a eso.

—Tampoco es que tengamos demasiada elección al respecto. —Trell volvió a mirar a Niriz—. Supongo que estaremos encantados de ayudarle, capitán. ¿Cuál es la carga, y cuándo partimos?

—La carga son doscientas cajas pequeñas —dijo Niriz—. Eso es todo lo que necesitan saber. En cuanto a su partida, saldrán en cuanto se hayan descargado las salchichas y la nueva carga esté a bordo.

Junto a Riij, Palror volvió a murmurar, y Riij tuvo que luchar por mantener inexpresivo su propio rostro. Si a algún imperial aburrido le pasase por la cabeza cotillear bajo las tres primeras capas de salchichas de cada caja…

—No se preocupen, las mantendremos refrigeradas —prometió Niriz—. No habrá ningún deterioro.

—Estoy seguro de que estarán a salvo —dijo Trell—. ¿A dónde tiene que ir esa carga suya?

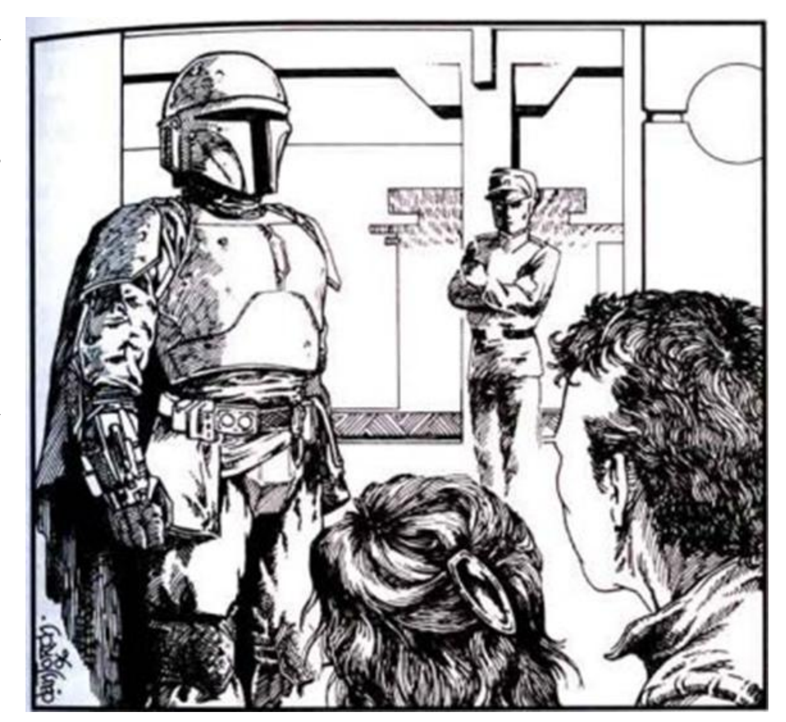
—Su guía les proporcionará todos esos detalles —dijo Niriz, señalando tras él.

Riij se giró a mirar…

Y sintió que se quedaba sin aliento. Rodeando la popa del *Hopskip*, dirigiéndose hacia ellos, con su sucia armadura mandaloriana brillando bajo la luz…

Trell maldijo entre dientes.

—Boba Fett.



—No es Fett —corrigió Niriz—. Podríamos decir que, simplemente, es un admirador suyo.

—Un antiguo admirador —corrigió la persona de la armadura, con voz oscura y amortiguada—. Mi nombre es Jodo Kast. Y soy mejor que Fett.

—No es que eso signifique demasiado —dijo Niriz, torciendo el labio—. Siempre he pensado que un soldado de asalto competente podría encargarse de tres cazarrecompensas cualquiera sin sudar siquiera.

—No me tiente, Niriz —advirtió Kast—. Ahora mismo, usted me necesita más de lo que yo necesito este trabajo.

—Le necesito menos de lo que usted pueda pensar —replicó Niriz—. Ciertamente menos de lo que *usted* necesita un indulto imperial por ese asunto que dejó en Borkyne…

—Caballeros, por favor —saltó hastiado Trell—. Soy un hombre de negocios, con un horario que mantener. Sean cuales sean sus diferencias, estoy seguro de que pueden dejarlas a un lado hasta que este trabajo haya terminado.

Niriz aún seguía furioso, pero asintió renuentemente.

—Tiene razón, mercader. Bien. Usted y su tripulación puede descansar en esa sala de guardia hasta que la carga se haya transferido. En cuanto a usted —alzó un dedo hacia Kast—, me gustaría verle en la oficina de control del hangar. Hay unas cuantas cosas que quiero asegurarme de que entienda.

Kast asintió gravemente.

—Por supuesto. Usted primero.

Niriz entró en la oficina de control del hangar, con la figura de la armadura caminando con paso firme tras él. La puerta se cerró deslizándose; y al fin Niriz pudo dejar que esa rigidez antinatural desapareciera de su postura.

—Me temo que no soy muy bueno en esto, señor —se disculpó—. Espero haberlo hecho bien.

—Lo hizo perfectamente, capitán —le aseguró el otro, alzando sus manos para desbloquear su casco con un leve giro y poder quitárselo—. Entre esta armadura y su actuación, los cuatro están completamente convencidos de que yo soy Jodo Kast.

—Así lo espero, señor —dijo Niriz, con un nudo en el estómago por la preocupación mientras miraba esos brillantes ojos rojos—. Almirante… Tengo que decir una vez más que no creo que usted deba hacer esto. Al menos no personalmente.

—Tomo nota de su preocupación —dijo el gran almirante Thrawn, recorriendo su cabello negro-azulado con una mano enguantada—. Y la aprecio, además. Pero esto es algo que no puedo delegar en nadie.

Niriz agitó la cabeza.

—Me gustaría poder decir que lo entiendo.

—Lo hará —prometió Thrawn—. Asumiendo que todo vaya según lo previsto, tendrá la historia completa cuando yo vuelva.

Niriz sonrió, pensando en todas las campañas en las que él y el gran almirante Thrawn habían estado juntos, allá en las Regiones Desconocidas.

—¿Cuándo algo que usted haya planeado *no ha ido* según lo previsto? —preguntó fríamente.

Thrawn respondió con una débil sonrisa.

—En muchas ocasiones, capitán —dijo—. Por suerte, habitualmente he sido capaz de improvisar un método alternativo.

—Ahí lo tiene, señor —suspiró Niriz—. Sigo creyendo que debería reconsiderarlo. Podríamos poner la armadura mandaloriana a uno de mis soldados de asalto, y usted podría dirigirlo desde algún lugar cercano con un comunicador.

Thrawn negó con la cabeza.

—Muy lento y fastidioso. Además, la fortaleza de Thyne tiene ciertamente instalaciones de vigilancia de espectro completo. Detectarían una transmisión así, y o bien la interceptarían o la interferirían.

Niriz tomó aliento.

—Sí, señor.

Thrawn volvió a sonreír.

—No se preocupe, capitán. Estaré bien. No se olvide, hay una guarnición imperial cerca. Si es necesario, siempre puedo llamarles pidiendo ayuda.

Volvió a colocarse el casco sobre la cabeza y lo ajustó en su lugar.

—Será mejor que vaya supervisar la transferencia de carga; no queremos que las preciosas salchichas del mercader Trell sufran ningún daño. Le veré en unos días.

—Sí, señor —dijo Niriz—. Buena suerte, almirante.



Le llamaban la Calle de la Nave del Tesoro, y se decía que era el bazar de intercambio más exótico y ecléctico de todo el Imperio. Docenas de puestos y tiendas de todos los tamaños y tipos podían encontrarse en toda su longitud, con cientos más anidados en sus esquinas, entrelazándose en la propia Ciudad Coronet. Humanos y alienígenas estaban sentados en mostradores al aire libre o de pie junto a las puertas, pregonando sus mercancías a los miles de seres que avanzaban a empujones por las estrechas calles.

Un lugar vibrante, excitante; pero para Trell, también un poco intimidatorio.

El mercader que llevaba dentro estaba intrigado por el espectro de mercancía disponible, al igual que por la variedad de potenciales clientes a los que un negociante emprendedor podría vender esos bienes. Pero al mismo tiempo, la parte de su ser que le había conducido al aislamiento del espacio solía sentirse enferma con cierta facilidad en medio de semejantes multitudes.

Maranne, caminando a su lado, no parecía sentir ninguna incomodidad parecida. Ni tampoco los dos agentes rebeldes, que caminaban con paso firme tras ellos. En cuanto a

Kast, a la cabeza, dudaba que ninguno de ellos pudiera decir qué sentía. Tampoco es que a ninguno de ellos les importase.

—¿Dónde vamos, exactamente? —preguntó Maranne, dando un paso extralargo para acercarse un poco a la espalda de Kast.

—Por aquí —dijo Kast, rodeando la multitud hacia un lado.

Los demás le siguieron, y un momento después los cinco estaban parados el estrecho camino entre dos puestos cerrados con postigos.

—¿Aquí? —preguntó Trell.

—El puesto que quieren es el quinto a mano derecha —les dijo Kast—. Una tienda de curiosidades; el propietario se llama Sajsh. Usted —señaló con un dedo enguantado a Trell— le dirá que tiene un cargamento de Borbor Crisk y pedirá las instrucciones de entrega.

—¿Qué hay del resto de nosotros? —preguntó Riij.

—Irán después —dijo Kast—. Permanezcan fuera de la conversación, pero observen y escuchen.

Trell observó el flujo de gente, con un escalofrío recorriéndole la nuca. Algo de todo eso le olía mal, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Maranne, asegúrate de estar donde puedas cubrirme —le dijo.

—No habrá ningún tiroteo —le aseguró Kast.

—Me alegra oírlo —dijo Maranne—. ¿Le importa si le cubro de todas formas?

Los invisibles ojos de Kast parecieron clavarse en los de ella a través del visor del casco.

—Como desee —dijo—. Todos: muévanse.

Sin palabras, los demás avanzaron en fila entre la multitud, con Kast cerrando el grupo. Trell contó hasta cincuenta para darles tiempo a encontrar sus posiciones, y luego continuó.

La tienda de curiosidades fue fácil de encontrar: un puesto pequeño al aire libre, bastante maltrecho, con una sala trasera cubierta que había sido añadida de forma inexperta hacía ya algún tiempo; el suficiente para que pareciera casi tan destartalada como el propio puesto. Una criatura con aspecto de lagarto de una especie desconocida esperaba tras el mostrador, observando cómo la gente pasaba de largo. Respirando profundamente, Trell se acercó a él.

El lagarto miró a Trell conforme se aproximaba, con su expresión alienígena imposible de descifrar.

—Buen día, buen señor —dijo en un básico adecuado—. Soy Sajsh, propietario de este humilde establecimiento. ¿Puedo serle de ayuda?

—Eso espero —dijo Trell—. Tengo un cargamento de alguien llamado Borbor Crisk. Me han dicho que usted podría darme instrucciones para la entrega.

Una lengua con tres puntas asomó brevemente de la boca escamosa.

—Deben haberle informado mal —dijo—. No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Oh? —dijo Trell, viniéndose abajo—. ¿Está seguro?

La lengua asomó de nuevo.

—¿Duda de mi palabra? —exclamó el alienígena—. ¿O sólo de mi memoria o mi inteligencia?

—No, no —dijo Trell apresuradamente—. En absoluto. Yo sólo… mi fuente parecía muy segura de que este era el lugar.

Sajsh abrió la boca de par en par.

—Quizá sólo era ligeramente incorrecto. Quizá se refería a la tienda de mi mano de matar.

Señaló a su derecha, a un puesto igualmente destartalado que en ese momento estaba cerrado.

—El propietario regresará en la hora séptima. Puede volver entonces y preguntarle.

—Eso haré —prometió Trell—. Gracias.

El lagarto hizo chocar dos veces sus mandíbulas. Meneando la cabeza, Trell se dio la vuelta y se abrió camino empujando en el río de peatones, acalorado por la vergüenza y el fastidio.

—¿Y bien? —preguntó Maranne, deslizándose junto a él.

—Kast se equivocó de lugar —gruñó Trell, mirando a su alrededor. Pero el cazarrecompensas no estaba a la vista en ninguna parte—. ¿Dónde están los demás?

—Aquí mismo —dijo Riij, atravesando la multitud desde atrás—. Kast dijo que iba a volver al principio de la calle y se reuniría con nosotros.

—Bien —dijo ácidamente Trell—. Tengo unas cuantas cosas que decir a nuestro estimado cazarrecompensas. Vamos.





Sajsh y el hombre desconocido terminaron su conversación, y este último se alejó en la masa de transeúntes y compradores. Dos puestos más allá, Corran Horn dejó el melón que había estado examinando y se mezcló en la riada tras él.

El extranjero no parecía estar tratando de perderse en la multitud.

Aunque tal esfuerzo habría sido rápidamente contrarrestado por la compañía que se le unió: una mujer de mirada dura y aspecto competente, un joven de aproximadamente la edad de Corran, y un alienígena de piel amarilla con varios cuernos cortos sobresaliendo de su mandíbula. Por un instante los cuatro conversaron; luego, con el hombre que había tratado de contactar liderando el camino, continuaron recorriendo la calle.

Por el rabillo del ojo, Corran vio que una figura corpulenta se colocaba a su lado.

—¿Algún problema?

—No lo sé, papá —dijo Corran—. ¿Ves a esos cuatro de ahí? ¿El de la chaqueta marrón desgastada, la mujer rubia, el del collar de pinchos blancos y el alienígena de piel amarilla?

—Sí —asintió Hal Horn—. El alienígena es un tunroth, por cierto. Es muy raro verlos fuera de sus sistemas natales; la mayoría de los que te encuentras en estos días trabajan con safaris de caza mayor, o como mercenarios o cazarrecompensas.

—Interesante —dijo Corran—. Y también posiblemente significativo. Chaqueta Marrón acaba de acercarse disimuladamente al puesto de Sajsh y ha tratado de hacer una entrega para Borbor Crisk.

—De modo que eso ha intentado, ¿eh? —dijo pensativo Hal—. ¿Crisk y Zekka han arreglado sus diferencias cuando yo no estaba mirando?

—Si lo han hecho, yo tampoco estaba mirando —le dijo Corran—. O Chaqueta Marrón y sus colegas son increíblemente estúpidos, o bien algo muy raro está ocurriendo.

—En cualquier caso, dudo que Thyne deje pasar esto sin más —dijo Hal—. ¿Chaqueta Marrón mencionó dónde podían contactar con ellos?

—No, pero Sajsh dejó eso cubierto —dijo Corran—. Dijo que podrían referirse al propietario del puesto al lado del suyo, y sugirió que volvieran sobre las siete.

—Donde se les solicitará que tengan una tranquila conversación con un grupo de matones del Sol Negro. —Hal estiró el cuello para echar un vistazo sobre la multitud—. Bueno, bueno… el complot se complica. Mira con quién se han encontrado nuestros inocentes.

Corran se puso de puntillas. Allí estaban Chaqueta Marrón y sus amigos; y con ellos…

—Que me cuelguen —susurró—. ¿Ese es Boba Fett?

—No, no lo creo —dijo Hal—. Posiblemente sea Jodo Kast, aunque tendría que echar un vistazo desde más cerca a la armadura para estar seguro.

—Bueno, quienquiera que sea, definitivamente nos hemos topado con algo más gordo —señaló Corran—. Las armaduras mandalorianas no son baratas.

—Si es que puedes encontrarlas —agregó el Horn de más edad—. Esto se está volviendo más extraño por momentos. ¿Sospecho que ya tienes algunas ideas?

—Sólo una, en realidad —dijo Corran. El grupo se estaba moviendo de nuevo, y él y su padre comenzaron a seguirles—. Thyne no sería tan estúpido como para matarlos descontroladamente, ciertamente no hasta saber quiénes son y cuál es su conexión con Crisk. Eso probablemente significa llevarlos a la fortaleza.

—¿Y tú crees que deberías encontrar la forma de invitarte a entrar también?

—Sé que es arriesgado…

—«Arriesgado» no es exactamente la palabra que tenía en mente —interrumpió Hal—. Entrar en la fortaleza es sólo en primer paso, lo sabes. ¿Crees que serás capaz de

llegar sin más hasta Thyne, ponerle las esposas en nombre de Seguridad de Corellia, y sacarlo de allí?

—Tenemos la autoridad legal para hacerlo, lo sabes —le recordó Corran.

—Lo que no significa nada en absoluto en el interior de su fortaleza —replicó Hal—. ¿Tienes una idea de cuántos agentes de SegCor han ido por lugartenientes importantes de Sol Negro como Thyne y han desaparecido sin más?

Corran hizo una mueca de disgusto.

—Lo sé —dijo—. Pero eso no va a pasar esta vez. Y si entrar en la fortaleza es sólo el primer paso, sigue siendo el primer paso.

El Horn de más edad negó con la cabeza.

—«Arriesgado» sigue sin servir ni para empezar. En primer lugar, ni siquiera sabemos a qué están jugando Chaqueta Marrón y su amigo mandaloriano.

—Entonces es hora de que lo averigüemos —dijo Corran—. Sigámosles de cerca y veamos si podemos encontrar una oportunidad de presentarnos.



Habían avanzado cosa de dos manzanas —aunque Trell no tenía ni la menor idea de a dónde les estaba llevando Kast— cuando escucharon el grito.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Riij, mirando a su alrededor.

—Allí —bramó Palror, señalando con su grueso dedo central a la izquierda—. Está comenzando una discusión.

Trell estiró el cuello para ver mejor. Había un tapcafé al aire libre en esa dirección, con una larga barra al fondo y cerca de veinte pequeñas mesas dispersas en el espacio abierto frente a ella bajo un ancho dosel de estilo karvrish, entretejido con hojas. Un hombre de complexión débil con el delantal de propietario estaba de pie en el centro de la zona de comidas, con media docena de hombres grandes y de aspecto rudo con insignias mercenarias en los hombros rodeándole en un círculo amenazador. Las sillas de una mesa cercana estaban apartadas o yacían en el suelo, indicando que las habían desocupado rápida y bruscamente.

—Yo diría que la discusión ya ha acabado —dijo—. Y acaban de empezar los problemas.

—Vamos —dijo Riij, dirigiéndose hacia allí—. Comprobémoslo.

—Déjenle en paz —ordenó Kast—. No es de nuestra incumbencia.

Pero Riij y Palror ya estaban dirigiéndose hacia el grupo.

—Maldición —gruñó Trell. *Estúpidos idealistas rebeldes con cerebro de gornt…*—. Vamos, Maranne.

Había comenzado a formarse una fila de espectadores al borde del tapcafé cuando Maranne cruzó el flujo de peatones.

Riij y Palror ya estaban junto a los mercenarios, que habían abierto su círculo alrededor del propietario del Tapcafé para enfrentarse a su nueva distracción.

Y ahora Trell podía ver algo que no había podido ver antes.

De pie junto al propietario, agarrándose fuertemente a su cintura con terror, había una niña pequeña. Probablemente su hija; ciertamente no mayor de siete años.

Trell susurró entre dientes una maldición. Hacía falta ser una forma de vida especialmente vil y rastrera para amenazar a un niño. Pero eso no significaba que fuera a seguir el ejemplo de Riij y atacar ciegamente como un Caballero Jedi loco o un golpea-espaldas craciano.

—Refuerza el lado izquierdo —murmuró a Maranne—. Yo iré por la derecha.

—De acuerdo —respondió ella con otro murmullo. Dejando caer de forma casual su mano sobre la culata de su bláster, Trell comenzó a avanzar tras el anillo de espectadores hacia la derecha…

Y de un modo tan súbito que le sorprendió, la lucha comenzó.

No con blásteres, lo que había sido su principal temor, sino con manos y pies cuando los dos mercenarios más próximos se abalanzaron contra Riij y Palror.

Con una probabilidad de tres a uno a su favor, los mercs debían haber sentido que las armas eran innecesarias.

Se llevaron una sorpresa. Riij tenía claramente un buen entrenamiento en combate sin armas, y Palror era mucho más rápido de lo que Trell había pensado por el tamaño del alienígena. Riij contraatacó, haciendo que su oponente retrocediera tambaleándose; Palror arrojó a su merc de espaldas, golpeándolo con un crujido horrible contra una de las otras mesas, enviando sus sillas girando sin control por el suelo.

Alguien lanzó un feroz juramento. El merc abatido se puso en pie con dificultad y se reunió con sus camaradas, con su anterior semicírculo eventual reformado en una formación letal, nada descerebrada, de ataque, enfrentándose a sus atacantes. El propietario se había aprovechado de la distracción para poner a cubierto a su hija al otro lado de la barra; aupándola por encima para dejarla en la relativa seguridad del otro lado, se giró para mirar.

Durante un largo instante los combatientes quedaron inmóviles mirándose mutuamente.

Trell siguió avanzando hacia su posición de apoyo elegida, con los ojos fijos en los mercs, y la mano en tensión sobre su bláster. ¿Desenfundarían ahora, en cuyo caso probablemente Riij y Palror estarían muertos? ¿O bien su estricto orgullo les dictaría que vencieran sangrientamente a esos insolentes oponentes con sus manos desnudas?

La observante multitud se estaba preguntando obviamente lo mismo. Trell podía sentir su tensión, su excitación, su sed de sangre…



Y entonces, por el rabillo del ojo, captó un movimiento a su izquierda. Los mercenarios también lo vieron, y sus ojos llenos de rabia giraron en esa dirección… Sus expresiones cambiaron, sólo ligeramente. Frunciendo el ceño, Trell se arriesgó a mirar él también.

Jodo Kast había dado un paso por delante del anillo de espectadores.

Por un instante, el cazarrecompensas sólo se quedó allí, mirando en silencio la escena. Luego, caminando hacia una de las mesas al borde del tapcafé, tomó una silla y se sentó. Cruzando las piernas con aire casual bajo la mesa, cruzó los brazos sobre su pecho e inclinó ligeramente la cabeza a un lado.

—¿Y bien? —preguntó apaciblemente.

Y con esas únicas palabras la decisión fue tomada. Ningún mercenario que tuviera una pizca de orgullo profesional iba a usar armas contra oponentes superados en número que no hubieran desenfundado sus armas. No con un cazarrecompensas como Jodo Kast mirando.

Rugiendo extraños y probablemente obscenos gritos de batalla, los mercs atacaron.

En el primer asalto, Riij y Palror habían tenido el elemento sorpresa.

Esta vez no lo tenían. Hicieron lo máximo que pudieron, desde luego —y aún más de lo que Trell habría esperado dadas las probabilidades— pero al final no tuvieron realmente elección. Menos de noventa segundos después de ese rugido de guerra, tanto Riij como Palror estaban en el suelo, junto con dos de los mercs. Los cuatro restantes, alguno de los cuales no parecía mantenerse del todo firme sobre sus piernas, se agruparon a su alrededor.

Uno de ellos miró a su alrededor, y apuntó con su dedo hacia el propietario que se cubría tras la barra.

—Primero ellos —rugió, respirando pesadamente—. Después tú.

—No —dijo Kast.

El mercenario se giró para mirarle, casi perdiendo el equilibrio cuando su rodilla dañada estuvo a punto de doblarse bajo él.

—¿No qué? —preguntó.

—He dicho no —dijo Kast. Sus manos estaban ahora sobre su rodilla, ocultas bajo la mesa, pero sus piernas seguían cruzadas despreocupadamente—. Habéis tenido vuestra diversión; pero los necesito vivos.

—¿Ah, sí? —gruñó el merc—. ¿Qué, tienes que recibir una recompensa por ellos?

—Ya habéis tenido vuestra diversión —repitió Kast, pero esta vez con destellos de metal congelado en su voz—. Dejadlos y marchaos. Ahora.

—¿Eso crees, eh? —bufó el merc—. ¿Y quién crees que va a detener…?

Y abruptamente, justo a mitad de su frase, dejó caer la mano sobre su bláster para sacarlo de su funda.

Era un viejo truco, y uno que probablemente le habría dado al merc la ventaja deseada en muchos enfrentamientos. Por desgracia para él, era un truco que Trell había visto usar incontables veces anteriormente; e incluso antes de que la mano del otro hubiera llegado a la empuñadura del bláster, Trell ya estaba empuñando su propia arma.

Al otro lado del anillo de transeúntes, vio que Maranne también desenfundaba…

El merc tenía buenos reflejos, de acuerdo. En esa fracción de segundo se congeló, sin terminar de sacar su arma de su funda; mirando bajo sus espesas cejas a los cuatro blásteres que de pronto le apuntaban desde el círculo de gente que rodeaba el tapcafé.

Trell parpadeó cuando se dio cuenta de pronto. ¿*Cuatro* blásteres?

Cuatro. Dos personas más allá de Maranne, un corpulento hombre de mediana edad también tenía un bláster apuntando firmemente a los mercs… y por el rabillo del ojo, Trell podía ver el cuarto bláster asomando desde su lado del gentío. Sostenido con igual firmeza.

El merc escupió al suelo.

—De modo que queréis jugar así, ¿eh?

—No estamos jugando —dijo Kast con voz fría como el hielo—. Como dije: Dejadlos y marchaos. Si no lo hacéis…

Trell no llegó a ver el movimiento de advertencia que estaba esperando.

Pero Kast obviamente sí lo hizo. Justo cuando el merc empezaba a sacar su bláster del todo de la funda, hubo un brillante destello de un disparo bláster proveniente de la mesa del cazarrecompensas, y un rugido de rabia del merc cuando la funda y el bláster que estaba dentro se hicieron añicos.

—…os prometo que lo lamentaréis —concluyó Kast con calma—. Es vuestra última oportunidad.

El merc parecía como si sólo le faltasen dos segundos para convertirse en una fiera rabiosa. Pero incluso furioso y con una quemadura de arma de fuego en la mano, tenía el suficiente control de sí mismo para saber cuándo las probabilidades estaban demasiado en su contra.

—Te estaré observando, cazarrecompensas —susurró, incorporándose desde su posición de combate encorvada—. Terminaremos esto en otro momento.

Kast inclinó su cabeza ligeramente.

—Cuando estés cansado de vivir, mercenario.

El merc hizo un gesto con la mano. Los otros ayudaron a sus dos heridos a ponerse en pie —uno comenzaba a recuperarse de su aturdimiento, el otro aún necesitaba que le llevasen a rastras— y el grupo se abrió paso entre los curiosos y se mezcló con la multitud.

Kast esperó hasta que estuvieran fuera de la vista. Luego, empujando hacia atrás su silla, se puso en pie, con el bláster que había usado contra el arma del merc ya oculta en donde quiera que tuviera la funda escondida de donde lo había sacado.

—Se acabó el espectáculo —anunció, mirando a los espectadores que le rodeaban—. Quédense y tomen algo, o muévanse.

El propietario ya estaba junto a Riij y Palror, ayudando a este último a sentarse, cuando Trell y Maranne les alcanzaron.

—¿Estáis bien? —preguntó Maranne, ofreciendo su mano a Palror.

El tunroth la apartó.

—No estoy herido —dijo, poniéndose en pie y flexionando un codo a modo de prueba—. Sólo estaba temporalmente incapacitado.

—Tienes suerte de que esa condición no fuera permanente —le recordó Trell—. Deberías haberlo dejado pasar como Kast os dijo.

—Sí —dijo Riij, sujetándose el estómago mientras se ponía en pie con la ayuda del propietario—. Gracias, Kast. Aunque no me habría importado si hubieras llegado un poco antes. Digamos, ¿antes de que comenzaran a atizarnos?

—Seis mercenarios no habrían retrocedido frente a tres blásteres —les dijo Kast—. Necesitaba que antes os encargaseis de alguno de ellos. —Se dio media vuelta—. Si hubiera sabido que habría cinco blásteres en lugar de tres, podría haber aparecido antes.

Trell se giró a mirar. Los dos hombres que habían desenfundado con ellos estaban ahí mirando.

—Gracias —dijo—. No había contado con obtener esa clase de ayuda en un lugar como este.

—No hay problema —dijo el hombre de más edad—. Los Mercenarios Brommstaad siempre han tenido tendencia a considerarse por encima de los límites de una conducta normal y civilizada. Y nunca me ha gustado que se amenace a los niños.

—Y además de eso —añadió el más joven—, estábamos empezando a tener sed de todas formas.

—¿Bebidas? —preguntó el propietario con entusiasmo—. Por supuesto; bebidas para todos ustedes. Y comida, también, si tienen hambre; las mejores que pueda ofrecerles.

—Tomaremos la mesa larga del fondo —dijo Kast—. Y nos vendría bien cierta privacidad.

—Sí, señor, inmediatamente —dijo el propietario. Con una rápida inclinación de cabeza, fue apresuradamente hacia la mesa que Kast le había indicado.

—Me llamo Hal, por cierto —dijo el hombre de más edad—. Este es mi socio Corran.

Trell les devolvió el saludo.

—Encantado de conocerles. Yo soy Trell; ellos son Maranne, Riij, Palror, y…

—Llámenme Kast —le interrumpió Kast—. ¿Hijo o sobrino?

Hal parpadeó.

—¿Qué?

—¿Corran es hijo o sobrino suyo? —amplió Kast—. Hay cierto parecido de familia en los ojos.

—La gente ya nos lo ha dicho antes —dijo Corran—. En realidad, sólo es una coincidencia. Que nosotros sepamos, no somos parientes.

Kast asintió una vez, lentamente.

—Ah.

—Parece que la mesa está lista —dijo Hal, señalando en esa dirección—. ¿Vamos a sentarnos?



—Oh, claro —dijo Hal, tomando un sorbo de su segunda bebida—. Todo el mundo de por aquí ha oído hablar de Borbor Crisk. Un criminal de bastante poca monta, más bien, para lo que suelen ser los criminales; estrictamente local en el sistema corelliano. Por supuesto, si están buscando impresionantes criminales intersistema, también tenemos algunos de esos.

—No estamos interesados en lo impresionante —señaló Trell—. Ni criminal ni de otro modo. Tenemos un cargamento que entregar a ese Crisk, y luego nos iremos.

—Sí, ya han mencionado eso —convino Corran, echando una mirada al otro y tratando de leer su rostro. Era difícil de creer que esa gente fuera realmente los chicos errantes que decían ser, especialmente tras el incidente con los mercenarios. Pero si eso era algún tipo de plan profundamente astuto, que le ahorcasen si lograba entenderlo.

Al menos, no desde el exterior. Ya era hora de que hiciera su jugada para acercarse un poco más al meollo.

—La cosa es así —continuó, mirando a su alrededor en la mesa—. Dos cosas, en realidad. Número uno: considerando quien es Crisk, su cargamento probablemente sea ilegal, y con toda seguridad valioso. Eso significa que no sólo tienen que preocuparse de que Seguridad de Corellia caiga sobre ustedes, sino también de otros criminales que puedan tratar de quitárselo de las manos. Y número dos… —dudó, sólo ligeramente—… la razón por la que Hal y yo vinimos a Corellia fue esperando encontrar trabajo con la organización de Crisk.

—Está de broma —dijo Riij—. ¿Haciendo qué?

—Cualquier cosa, en realidad —dijo Hal—. Nuestro último trabajo fue realmente amargo, y necesitamos resarcirnos de nuestras pérdidas.

—Por eso les estábamos siguiendo, ¿saben? —dijo Corran, tratando de mostrar el equilibrio adecuado entre firmeza y vergüenza—. Escuché cómo Trell hablaba acerca de Crisk, y pensé… bueno…

—Pensamos que quizá podíamos ir con ustedes cuando vuelvan a verle esta noche —se la jugó Hal.

Trell y Maranne intercambiaron miradas.

—Bueno…

—En realidad no *sabemos* si le veremos esta noche —señaló Riij—. Puede que el dueño del otro puesto no sepa más que Sajsh acerca de Crisk.

—Tienes razón —convino Trell, mirando de modo extraño a Kast—. Puede que esto sólo sea un callejón sin salida.

—Bueno, en ese caso, necesitaréis ayuda para encontrarle —dijo Hal con una impaciencia que sonaba maravillosamente genuina—. Corran y yo vivimos aquí; tenemos todo tipo de contactos en la zona. Podemos ayudarles a encontrarle.

—Uno de ustedes puede ir —dijo Kast.

Corran miró al cazarrecompensas, parpadeando con ligera sorpresa. Era la primera vez que hablaba desde que se habían sentado a la mesa.

—Ah… bien —dijo—. ¿Sólo uno de nosotros?

—Sólo él —dijo Kast, señalando con la cabeza a Hal—. Trell y el tunroth irán con él. Yo me quedaré atrás en la retaguardia.

—¿Qué pasa con Riij y conmigo? —preguntó Maranne.

—Ustedes dos y Corran volverán a la nave —le dijo Kast—. Transferirán la carga al deslizador terrestre de la nave para que esté lista para la entrega.

Trell y Maranne se volvieron a mirar, y Corran pudo ver que ninguno de ellos estaba particularmente contento con el arreglo.

Pero estaba igualmente claro que ninguno estaba demasiado dispuesto a discutir el asunto con el cazarrecompensas.

—De acuerdo —dijo Trell con una mueca—. Vale. ¿Qué pasa si nadie del otro puesto tampoco sabe dónde está Crisk?

—Eso no será un problema —dijo Kast—. Confíen en mí.



—Interesante persona, Jodo Kast —comentó Hal cuando los tres se encaminaban de nuevo hacia el puesto de Sajsh—. ¿Han trabajado mucho con él?

—Esta es la primera vez —le dijo Trell, mirando intranquilo a su alrededor. Había muchos menos compradores a esa hora que cuando habían estado antes, y a pesar de su desagrado innato a las multitudes, encontró que se sentía desagradablemente expuesto en ese momento—. En realidad, más que trabajar con él estamos trabajando para él. Palror, ¿puedes ver dónde se ha metido?

—No, no se giren —dijo Hal rápidamente—. Podrían estar observándonos, y no queremos que se enteren de que tenemos una retaguardia.

Trell le echó una mirada de soslayo. Había en ese momento algo en su voz que claramente no pertenecía a un vagabundo sin suerte. Un tono de autoridad, hablado por una persona que está acostumbrada a que sus órdenes se obedezcan…

Palror gruñó.

—Problema —dijo.

Trell estiró el cuello. Ahora podía ver el puesto de Sajsh delante de ellos, cerrado por la noche.

El puesto de al lado, el puesto al que se dirigían, también estaba cerrado.

—Genial —gruñó, deteniéndose—. Sigue sin haber nadie.

—No, no te detengas —dijo una suave voz tras él.



Trell sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿Qué?

—Ya le has oído —dijo una voz diferente, esta proviniendo de detrás de Hal—. Sigue caminando.

Con un esfuerzo, Trell hizo que sus pies volvieran a moverse.

—¿Estáis con Borbor Crisk?

Se oyó un

bufido.

—Más bien no —dijo la primera voz con obvio desdén—. Sigue como si no pasara nada, y no trates de pasarte de listo. Preferiríamos entregarte en condiciones plenamente operativas.

Trell tragó saliva con dificultad.

—¿Adónde vamos?

—De momento, detrás del puesto de Sajsh —dijo el otro—. Después de eso… ya lo verás.

—Estoy seguro —murmuró Trell, con los latidos del corazón golpeándole en los oídos. Pero había una cosa que los secuestradores no sabían. Jodo Kast, uno de los mejores cazarrecompensas de la galaxia, estaba en algún lugar tras ellos. En cualquier momento, saltaría de donde estuviera escondido, con sus blásteres destellando con precisión micrométrica, y haría que las tornas cambiasen completamente.

En cualquier momento, y oirían el rugido de los blásteres. En cualquier momento…

Seguía esperando ese momento cuando los secuestradores les condujeron a los tres a bordo de un camión deslizador, cerraron las puertas, y los condujeron hacia el oscuro anochecer.

Parte Dos

por Michael A. Stackpole

El presentimiento de Corran Horn de que algo iba mal recibió un importante impulso cuando vio por primera vez el *Hopskip*. El aspecto del carguero hacía pensar en que alguien hubiera tomado un YT-1300 corelliano de serie, hubiera partido el disco en línea recta de proa a popa, hubiera doblado las dos mitades sobre sí mismas y luego lo hubiese unido parcheándolo con cualquier metal de chatarra que tuviera convenientemente a mano. Corran había visto naves con peor aspecto, pero ninguna que se supusiera que funcionase.

Esperó a que Riij cerrase el portón de la bahía del hangar antes de hacer un comentario.

—Supongo que el contrabando ya no es tan lucrativo como solía ser.

Los ojos de Maranne destellaron enojados.

—Somos comerciantes, no contrabandistas.

Corran alzó las manos.

—Llámalo como quieras. Con las reglas y leyes imperiales ahí fuera, lo que empieza como un viaje comercial, puede terminar como un envío de contrabando.

Los ojos azul oscuro de Maranne mostraron sorpresa, luego se volvió y se rascó la nuca.

—Yo tomaré el deslizador terrestre.

Su sorpresa ante el comentario de Corran hizo que su frase surgiera un poco demasiado rápida, y Corran pensó que quizá había notado un rastro de miedo en las palabras de Maranne.

Definitivamente ahí había más de lo que se veía a simple vista. En cuanto vio la nave, Corran abandonó cualquier sospecha de que esa gente fueran curtidos contrabandistas que llegasen para entregar suministros a Borbor Crisk. Las cosas que Crisk necesitaba para llevar a cabo su pequeña guerra con Seca Thyne y el Sol Negro por la supremacía de los bajos fondos de Corellia no eran la clase de cosas que se confiarían a la tripulación del *Hopskip*. *En realidad, para que Crisk venciera a Thyne haría falta un destructor estelar, cosa que esa nave no era, y una legión de tropas de asalto, que no estaba oculta en ella.*



Corran vio desaparecer a Maranne por una escotilla del carguero, de modo que desvió su atención a Riij.

—Viajar con ella no puede ser demasiado duro. Tiene unos ojos bastante tranquilos. ¿Hace mucho que la conoces?

El hombre delgado negó con la cabeza, y luego pasó su mano por su pelo blanco, corto y puntiagudo.

—Sólo viajamos con ellos. Si hago algún trabajo, me gano algún dinero para cuando lleguemos a nuestro destino. —Riij sonrió cauteloso—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando con tu socio?

—Más o menos. —Corran se encogió de hombros. La rápida pregunta de Riij a Corran acerca de su pasado chocaba con la tendencia de la mayoría de la gente a hablar acerca de sí mismos. *Es una técnica que aprendes a explotar cuando intentas pescar información de los sospechosos. O bien Riij había sido entrenado, o era muy reservado, o ambas cosas*—. Lo conozco desde hace mucho, pero comenzamos a trabajar juntos recientemente. Unidos en los momentos difíciles, ya sabe. Como usted y el tunroth.

—¿Sabías que era un tunroth?

—Hal y yo podemos ser lugareños, pero eso no significa que no nos hayamos movido de aquí. —Corran retrocedió un paso cuando Maranne bajó la rampa de carga trasera del *Hopskip*—. ¿Tiene una deuda de vida contigo o algo así?

—La deuda de vida es cosa de los wookiees —dijo Riij frunciendo el ceño, y luego comenzó a subir la rampa hacia la bodega del carguero—. Rathe y yo sólo estamos viajando en la misma nave. No hay ninguna conexión más allá de eso.

—De acuerdo. —Corran mantuvo una tranquilizadora sonrisa en su rostro mientras ordenaba la información que Riij acababa de ofrecerle.

Corran sabía que las deudas de vida eran un aspecto del honor de los wookiees, pero sólo lo sabía por las órdenes de arresto y avisos imperiales acerca de Han Solo y el wookiee que trabajaba con él. *La mayor parte de la gente de a pie ni siquiera sabía que existían los wookiees o, en el mejor de los casos, sabía que los impes los usaban como esclavos. Los tipos que sabían más acerca de los wookiees usualmente eran simpatizantes rebeldes.*

Subió la rampa tras Riij y comenzó a buscar a su alrededor pistas acerca de qué estaba haciendo la tripulación del *Hopskip* en Ciudad Coronet. Como miembro de la Fuerza de Seguridad Corelliana, Corran tenía acceso a la mayor parte de la información acerca de la rebelión y sus conexiones con Corellia. *Al menos lo tengo cuando ese inútil del oficial de enlace de Inteligencia Imperial no está de por medio.* Aunque era cierto que dos de los héroes de la Alianza eran de Corellia, el Emperador había endurecido su presa sobre Corellia, y la ubicación de fuerzas en el planeta había mantenido baja la presencia rebelde. Corran sabía que había células rebeldes residentes, y gustosamente habría arrestado a cualquiera de ellas, pero no las veía tan osadas o tan desesperadas como para tratar de unirse con Crisk.

Corran se deslizó al otro lado del abollado morro del Viejo deslizador terrestre; como la nave, parecía como si hubiera sido montado con diferentes piezas. Sólo tenía dos asientos, como un deslizador de placer, pero tenía una plataforma plana insertada en la parte posterior. Excepto cuando los golpes dejaban ver el metal plateado tras ella, una

capa uniforme de pintura de imprimación de color marrón sucio cubría el vehículo. *Ni rápido, ni fuerte, pero aguanto lo que me pongan a la espalda.*

La pila de cajas que Maranne y Riij estaban liberando de los lazos de las redes de carga atrajo inmediatamente su atención.



Eran uniformes en tamaño y sin ninguna descripción, pero eso le pareció extraño a Corran. El exterior de todas ellas estaba formado por duraplástico verde que era un par de tonos más oscuro que sus ojos, pero ninguna de las cajas rectangulares tenía las grietas y arañazos comunes en las cajas de duraplástico.

Ninguna tenía etiquetas holográficas, marcas de raspazos ni otros signos de uso, aunque todas habían sido atadas con cables de duraplástico y unidas con un sello holográfico.

Al levantar la primera de la parte superior de la pila sintió que nada se movía dentro de las cajas, ni tampoco le fue necesario buscar el punto de equilibrio de la caja. Agitó la cabeza.

—¿Dónde habéis conseguido cajas *trucadas*, muchachos?

Tanto Maranne como Riij se detuvieron mientras Corran dejaba su caja en la plataforma del deslizador terrestre. La mujer frunció el ceño.

—¿Qué es una caja *trucada*?

—Si no sabes lo que es una caja *trucada*, quizá no seáis contrabandistas.

Corran dio unos golpecitos con el dedo en la parte superior de su caja.

—Parece normal, pero tiene incluida en su interior una matriz de bobina repulsoelevadora de baja potencia y una fuente de energía. Neutraliza el peso de lo que haya dentro. Estas cajas podrían estar llenas de detonadores termales o de aire, y nunca lo sabríamos. Los contrabandistas las inventaron para engañar a los oficiales de aduanas, pero hoy en día la mayoría de los droides de aduanas sabe qué debe buscar en los escaneos.

Maranne dejó su caja junto a la de él.

—Interesante historia. Parece que has hecho más contrabando que nosotros.

—Tal vez, o tal vez simplemente sepa más sobre contrabando que vosotros. —Corran le ofreció una sonrisa maliciosa—. Por ejemplo, sé que ningún contrabandista llevaría un cargamento compuesto de objetos desconocidos. ¿Qué hay en esas cosas?

La mujer agitó la cabeza, y su coleta rubia oscura pasó de un hombro al otro.

—No lo sé. No quiero saberlo.

—Encuentro eso difícil de creer —le dijo Corran frunciendo el ceño—. No sé a qué estáis jugando aquí, pero esas cajas *trucadas* no engañarán a los droides de SegCor. Si este material que transportáis es para los rebeldes, lo encontrarán y estaréis en serios problemas.

Riij deslizó su caja en la plataforma plana.

—Si fuéramos rebeldes y supiéramos el contenido de estas cajas, *y* su importancia para los rebeldes, estaríamos bastante más preocupados por el Imperio que por sus marionetas aquí en Corellia.

—¿Crees que la gente de SegCor son marionetas imperiales? —Corran rechazó esa sugerencia con un gesto de la mano—. SegCor se preocupa por la integridad del sistema corelliano, nada más. Si toleran aquí a los rebeldes, la presencia imperial aumenta. ¿Quién quiere eso?

Los ojos marrones de Riij brillaron peligrosamente.

—Lo que me estás diciendo es que la gente de SegCor está dispuesta a reprimir a los enemigos de un malvado régimen para no tener la bota de Vader sobre sus propios cuellos. Si yo fuera un rebelde, encontraría muy difícil encontrar la diferencia entre los agentes de SegCor y los impes.

Corran se obligó a alejarse y recoger otra caja para no replicar inmediatamente a Riij. Los razonamientos del contrabandista se habían escuchado a menudo —y en voz alta— en Corellia. Corran, cuyo padre y abuelo le habían precedido en SegCor, había creído durante mucho tiempo que lo mejor que podía hacer SegCor era mantener a los impes fuera de los problemas de seguridad de su sistema solar. Si Corellia cuidaba de sí misma y se mantenía como una parte neutral en esa guerra civil, los ciudadanos de Corellia saldrían beneficiados.

Pero aunque esa posición tenía mucho sentido, y era defendible, también era una posición colocada en lo alto de una pendiente muy resbaladiza. Los directores de SegCor ya habían obligado a las divisiones locales a aceptar agentes de enlace de inteligencia imperial para monitorizar y coordinar acciones con las guarniciones imperiales.

Kirtan Loor, el agente de enlace al que había sido asignada su división, había demostrado ser completamente arrogante y apenas competente. Él y Corran no se llevaban nada bien.

Corran cargó con otra caja.

—Creo, desde el punto de vista de SegCor, que tienen dificultades para distinguir a los rebeldes de los criminales honrados como yo. Yo no tengo esa dificultad, pero es porque tengo una mejor perspectiva. Los rebes no son criminales honrados en absoluto.

Maranne sonrió.

—¿Criminales «honrados»?

—Sí, honrados. Yo sé que lo que hago viola la ley, pero lo hago porque es lo hago. Me arriesgo, gano algún dinero, o me mandan a Kessel. Todo está muy claro. —Corran dejó su caja sobre la primera que había colocado—. Los rebeldes hacen todo lo que yo haría, pero dicen que están justificados para hacerlo porque la ley se equivoca y el Imperio se equivoca. En realidad sólo se inventan excusas para sus acciones para poder sentirse nobles cuando en realidad no son mejores que yo.

—Qué perspectiva tan interesante.

Corran se giró al escuchar el ligero eco en el sonido de esa voz.

Jodo Kast se encontraba en la entrada de la compuerta de carga, bloqueando la mayor parte de la vista de la bahía de atraque. Corran se agachó e inclinó la cabeza para tratar de ver al otro lado del cazarrecompensas, pero sin éxito.

—¿Dónde está Hal?

—Yo diría que, ahora mismo, está muy cerca de la fortaleza de Zekka Thyne.

—¡Qué! —El grito de sorpresa de Riij llenó la bodega de carga—. Estaba allí para protegerles. ¿Qué ha ocurrido?

Kast avanzó al interior de la bodega de carga, luego se apoyó con aire casual contra el mamparo interno de la bodega.

—Los hombres de Thyne estaban esperando a Trell y los otros dos. Había siete de ellos… incluyendo a los Mercenarios Brommstaad. Esperé hasta que se alejaron hacia el este, luego volví aquí.

Corran dio un puñetazo sobre la parte superior de una caja *trucada*.

—Al este es donde Thyne tiene su pequeño palacio.

Kast asintió.

—De ahí mi suposición acerca de su destino.

—¿Y no hizo nada para detenerlos? —Corran apuntó con el índice en dirección a Kast—. En esa armadura mandaloriana hay un bravo cazarrecompensas que puede arrebatar de un disparo el bláster de la mano de un hombre, ¿y no los detuvo?

—Ellos eran siete y yo sólo uno. Ya hice los cálculos de ese enfrentamiento por ti; podría haberlos detenido, pero habrían matado a vuestros hombres.

Riij negó con la cabeza.

—Rathe se habría encargado de una parte de ellos.

Maranne asintió.

—Trell también habría sido capaz de acabar al menos con uno.

—Y Hal podría haber abatido a un par…

—Un par de ellos no sobrevivirían.

—…O más, *si* se le daba la oportunidad. —Corran pasó la mirada de Riij y Maranne al cazarrecompensas.

—¿Acaso los tres sois tan ingenuos que no sabéis lo que va a pasar con vuestra gente? Thyne les va a interrogar acerca de su conexión con Crisk y, si saben tan poco como vosotros, va a tener que trabajar realmente duro para obtener respuestas en las que pueda

creer. No tengo demasiadas esperanzas de que vaya a dejar partir a Hal así como así. —Kast se encogió de hombros—. Siempre puedes buscarte otro socio.

—Si piensa que voy a abandonar a Hal, voy a tener que quitarle esa armadura y darle algo de sentido común a puñetazos.

La cabeza de Kast se alzó cuando este se apartó del muro, enfatizando en silencio el hecho de que realmente era mucho más grande que Corran.

—Esta no es la reacción que me esperaba en dos criminales asociados. Realmente desproporcionada. Actúas como si hubiera un vínculo más cercano entre vosotros.

Corran le lanzó a Kast la Mirada más helada que pudo. Se parecía un poco a su padre, alrededor de los ojos y en otras partes del rostro, pero por lo demás era una mezcla entre su padre y su madre. Ella era pequeña y tenía los ojos más azules que Corran podía recordar haber visto. Sus ojos verdes eran un punto medio entre los ojos de ella y los ojos color avellana de su padre, y su cabello castaño era la mezcla del cabello rubio de ella y el antiguamente moreno de su padre. Incluso su estatura resultaba un puente entre la de su madre y su padre.

—No tendría importancia aunque Hal fuera mi clon; es mi *socio*, lo que significa que soy responsable de él. —Corran apoyó el pulgar sobre su esternón—. Realmente comprendo lo que esa clase de responsabilidad significa, Kast, y lo que significa es que no voy a dejar a Hal bajo los poco delicados cuidados de Thyne.

Kast cruzó los brazos ante su pecho acorazado.

—¿Te atreverías a enfrentarte a un señor del crimen de Sol Negro?

Maranne palideció.

—¿Thyne es de Sol Negro?

—Elegido personalmente por las garras del príncipe Xizor, si los rumores son ciertos.

Corran se apoyó sobre una de las cajas verdes.

—Está loco, es cruel y absolutamente despreciable, pero trabaja con el objetivo del beneficio en mente. Puede que este cargamento fuera para Crisk, pero podríamos ofrecérselo a Thyne como rescate por los nuestros.

—No lo creo. —Kast hizo aparecer una tarjeta de datos de una bolsa que colgaba de su cinturón y se la ofreció a Maranne—. Esta tarjeta tiene el lugar y la hora para un nuevo encuentro con Crisk. Entregad la carga allí, luego volved aquí y preparaos para despegar.

Maranne tomó la tarjeta.

—No iremos a ninguna parte si Haber no está aquí.

—Lo sé —dijo Kast asintiendo ligeramente con la cabeza—. Mi intención es dirigirme a la fortaleza de Thyne y asegurarme de la liberación de vuestros amigos.

Corran estalló en una fuerte risotada.

—¿Tiene reparos para enfrentarse a siete matones de mala muerte, pero liberará a nuestros amigos de la fortaleza de Thyne usted solo? Será mejor que repase esos cálculos, Kast.

—Las probabilidades de fracaso son considerables, pero he anticipado el éxito.

—Sí, bueno, ¡esto es Corellia! Y los corellianos no hacen caso de las probabilidades. Creo que confiaría en su éxito si estuviera con usted para ayudar.

—Yo trabajo solo.

—¡Ja! —Corran señaló con la cabeza hacia Riij y Maranne—. Si trabaja con ellos, también puede trabajar conmigo. —Corran agitó sus puños—. Ahórrenos problemas a ambos y diga que sí ahora.

Kast dudó y el silencio reinó en la bahía de carga. El mercenario estudió a Corran, y aunque este no podía ver los ojos de Kast, pudo sentir la dura mirada del hombre recorriéndole de arriba abajo. Corran se obligó a mirar a la ranura negra del casco, invitando al desafío y listo para reaccionar ante el siguiente movimiento de Kast.

El cazarrecompensas descruzó lentamente sus brazos.

—Iré a buscarnos un deslizador.

—Bien. —Corran se dio cuenta, al responder, que había estado manteniendo el aliento. *Hal va a ponerse como loco cuando sepa lo que he hecho. Enfrentarme a un cazarrecompensas como Kast. Tenía que hacerse, pero podía haberse hecho mejor. Nunca huiría de una pelea con un tipo como él, pero tampoco hay ningún mérito en provocarla.*

La oscuridad se tragó la silueta de Kast, y Corran se volvió para mirar a los otros dos.

—Teméis por vuestras cabezas, ¿no es cierto?

Riij se encogió de hombros.

—No estoy seguro de qué está pasando, pero no me gusta que un señor del crimen de Sol Negro haya capturado a Rathe.

—Bueno, Borbor Crisk no es mucho mejor. Estamos atrapados en el ring entre dos perros de pelea cyborreanos. Ninguno de estos tipos juega bien con otros, como habéis visto.

Maranne blandió la tarjeta de datos.

—¿Qué vamos a hacer? Se supone que debemos reunirnos con Crisk y entregarle todo esto.

—Lo primero que debemos hacer es averiguar qué es todo esto. —Corran miró los sellos de las cajas que ya estaban cargadas en la plataforma del deslizador—. Bien, aquí hay una que está estropeada. Mira a ver si puedes encontrar otra. —Riij comenzó a mirar el resto de las cajas mientras Corran metió la mano en su bolsillo para sacar una hidrollave—. Esto debería servir.

Maranne se puso a su lado, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir con que la caja está estropeada?

—No la caja, sino el sello-etiqueta usado para unir las tiras de duraplástico. —Corran señaló la etiqueta redonda que conectaba las tiras que se cruzaban—. Mira cómo el holograma grabado no está completamente alineado. Míralo desde este ángulo. La corona y los soles de aquí no encajan.

—He encontrado otra —anunció Riij.

—Bien, tráela aquí. —Corran encajó la punta de la hidrollave bajo el borde del sello—. Cuando no los colocan bien, puedes hacerlos saltar con una ligera presión, girando un poco.

Hizo palanca, girando la muñeca.

El sello saltó, liberando las cintas que aseguraban la caja.

—Recoged los dos trozos y podremos volverlo a sellar después de haber mirado qué hay dentro.

Maranne se agachó para recoger ambas mitades del sello mientras Corran atacaba la otra caja. Se desprecintó fácilmente, y luego dio la vuelta a la hidrollave y usó un extremo con forma de hoja plana para hacer palanca y abrir la caja.

—¡Por el corazón negro del Emperador!

Incluso antes de que la tapa se abriera del todo, Corran captó el fuerte aroma amargo de la especia. La caja contenía siete paquetes de a kilo que habían sido envueltos en fuerte papel de celofán.

Habían sido sumergidos en un baño de cera para sellarlos, pero el trabajo se había hecho de forma descuidada. Uno de los paquetes se había desparramado, vertiendo en el interior de la caja el compuesto de especia de baja calidad.

—¿Qué es eso?

Corran miró a Maranne.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Como dije, soy comerciante, no contrabandista.

—Esto es especia. En realidad es brillestim de bastante baja calidad; el auténtico es cristalino, largas y finas fibras, no polvo como esto. Una dosis de esto y te sientes realmente feliz, al menos realmente feliz hasta que necesitas más y el ansia corre por tus venas como el plasma. No es algo bonito.

Riij torció el labio con disgusto.

—¿Lo sabes por experiencia?

—Sólo de oídas, y una vez vi a un tipo tratar de vender un pulmón para conseguir más bril.

—¿Vender un pulmón? —se estremeció Maranne.

Corran se encogió de hombros.

—No era suyo. Pertenecía a alguien que pasaba por ahí. Como he dicho, no es nada bueno.

Riij forzó la tapa de la segunda caja *trucada*.

—¡Basura Sith!


©
danforth
96

Introdujo la mano y extrajo una espina de cristal del grosor de su pulgar y de un palmo largo de longitud. El corazón de la piedra era púrpura, pasando de un color brillante en ambos extremos a oscuro en el centro. Mientras Riij la mantenía en alto, la luz que atrapaba la llenaba de relámpagos naranjas, amarillos y rojos. Los tres quedaron en silencio como respuesta al brillante espectáculo.

Corran miró fijamente la piedra, y luego agitó la cabeza.

—¿Eso es una gema de fuego Durin?

—Eso creo —dijo Riij con la voz temblando mientras tragaba saliva—. Mi padre le compró a mi madre un anillo con una piedra de fuego Durin en su vigésimo quinto aniversario de bodas. No fue hasta el trigésimo hasta que finalmente terminó de pagar la deuda, y sólo era una *pequeña* piedra.

—No demasiadas de estas piedras logran salir de Tatooine, y muy raramente en bruto, como esta de aquí.

Maranne se la arrebató a Riij y la sopesó en sus manos.

—Esto sería suficiente para comprarnos una nave nueva.

Riij se giró.

—Averigüemos qué más hay en esas otras cajas.

—No, quieto. —Corran alzó las manos para detenerle—. No tenemos tiempo suficiente para registrarlas. Vuelve a dejar la piedra, sellemos de nuevo esas dos cajas, y pongámoslas en el asiento delantero del deslizador.

Maranne devolvió a regañadientes la piedra a su caja.

—¿Qué tienes en mente?

—Mira, vamos a necesitar algún seguro si queremos escapar de Corellia de una pieza. Podemos volver a sellar esas cajas y nadie sabrá nunca que las han forzado. Puedes llevarle esas dos cajas a Crisk y hacerle saber que tienes, digamos, otras 108 más para él. No hará un solo movimiento hasta que no las tenga.

Riij frunció el ceño.

—Podría venir aquí y arrebatárnoslas directamente.

—Sí, pero no estarán aquí. Cargamos el resto al deslizador y las llevamos a una instalación de almacenaje. —Corran frunció el ceño como si se estuviera esforzando para pensar—. Vale, lo tengo. Hay un Depósito de Almacenes Dewback en la carretera principal que va al centro de Ciudad Coronet. Podéis alquilar allí un cobertizo de almacenaje y dejar el resto de cajas. Vais a vuestro encuentro y hacéis saber a Crisk que le daréis la ubicación de las demás cajas cuando estéis seguros de que vuestros amigos están a salvo. Kast y yo iremos a ver a Thyne y si no hemos vuelto a su debido tiempo, usáis a Crisk para intentar efectuar un rescate.

Maranne negó lentamente con la cabeza.

—No me gusta como suena esto.

—Mira, tenemos una auténtica fortuna en estas cajas. Si Crisk no quiere ayudaros, concertad una cita con Thyne y pagad nuestro rescate.

—¿Cómo nos ponemos en contacto con Thyne?

Corran sonrió.

—Ya hicisteis eso en vuestra primera parada en la Calle de la Nave del Tesoro, ¿recordáis?

—Cierto.

—Vale, vayamos cargando. —Corran selló de nuevo la primera caja y luego la segunda—. Sé que no te gusta como está ocurriendo todo esto, Maranne, pero tú eres la que dices que eres una comerciante. Si las cosas van mal, tendrás que comerciar por nuestra libertad y, en lo que a mí respecta, espero que consigas una auténtica ganga al hacerlo.



El coronel Maximillian Veers bajó la mirada a la silla que le ofrecían, pero se obligó a no sentarse.

—Gracias por su amabilidad, agente Loor, pero no espero quedarme mucho tiempo. Ya ha visto el mensaje que le envié.

El hombre alto y delgado se inclinó hacia adelante desde la silla, un movimiento que casi le hace caer sobre su mesa. Loor se apoyó en las manos, y luego colocó el mechón de cabello oscuro que había caído sobre su rostro de nuevo en su lugar. Veers estaba seguro de que el hombre llevaba el pelo peinado de ese modo para acentuar su parecido con el difunto gran moff Tarkin. *Yo serví a las órdenes de Tarkin. Cualquiera que pudiera creer que este Loor es similar a Tarkin en absoluto, debería darse cuenta de que la similitud no va más allá de la piel.*

—¿Pasa algo con los muelles de su silla, agente Loor?

El oficial de enlace gruñó.

—Tengo saboteadores que se deleitan buscando formas de molestarme, y ajustar la silla es su modo de expresión más reciente. —Se inclinó hacia delante y pulsó un botón en la tableta de datos de su escritorio—. Y sí, coronel Veers, he estudiado el mensaje que me envió, tal como solicitó. No puedo hacer ningún comentario acerca de su fiabilidad aparte de decir que es cierto que Zekka Thyne mantiene una pequeña fortaleza al este de Ciudad Coronet.

—Eso ya lo sé, Loor.

Loor alzó la cabeza.

—¿Lo sabe? No sabía que el cuartel general de Thyne pudiera ser algo que usted hubiera estudiado, Coronel Veers. No estaba enterado de que las Fuerzas Armadas Imperiales tuvieran ningún motivo para considerar las instalaciones de Sol Negro como objetivos potenciales.

Veers resopló por la nariz. Lo único que odiaba más que tener que tratar con agentes de inteligencia arrogantes era hacer la vista gorda con las actividades de Sol Negro.

Asumía que la tolerancia del Emperador hacia el cártel criminal estaba basada en alguna razón, pero Veers pensaba que la tolerancia era realmente un perjuicio para el Imperio. Permitir la existencia de *cualquier* forajido minaba la autoridad del gobierno. Si la gente veía a Sol Negro como algo aún más malévolo que la rebelión, entonces podrían justificar más fácilmente el unirse a la rebelión.

—Es de mi incumbencia, agente Loor, considerar cualquier fortaleza que esté llena de individuos armados como un objetivo potencial. En este caso, me han dicho que Thyne se va a reunir con elementos de los bajos fondos rebeldes.

—Sí, pero no me siento cómodo con su fuente. ¿Quién es?

—Ya ha visto el código de verificación. Es válido. —Veers frunció el ceño con gesto severo—. No hay razón para desconfiar de la información. Es precisa y planeo actuar al respecto.

—¿Quiere decir que no sabe quién es su fuente?

—No necesito saberlo.

Con una sonrisa de superioridad asomando en su rostro, Loor se acomodó de nuevo en su silla. Veers deseó que perdiera el equilibrio y acabara cayendo al suelo.

—Si cree en esa fuente de inteligencia, ¿por qué acudir a mí?

Veers reprimió el impulso de ir hasta Loor y abofetearle.

—He acudido a usted, agente Loor, porque es el Oficial de Enlace Imperial y está aliado con la Fuerza de Seguridad Corelliana en este sector administrativo. Quiero saber si tienen alguna operativa trabajando dentro o alrededor de la organización de Thyne.

—¿Está pensando en usar su extracción como pretexto para su ataque, o está preocupado por que puedan presentar una propuesta por daños colaterales?

Veers entrecerró los ojos.

—No hay motivo para que buena gente muera.

Loor se encogió perezosamente de hombros.

—Si mueren, morirán como héroes. Si me consigue a Zekka Thyne, usted también puede ser un héroe.

—Creo, agente Loor, que puedo encontrar mi propio modo de ser un héroe.

Veers giró sobre sus talones y salió de la oficina. *Con imperiales como usted, Loor, a menudo me pregunto por qué la rebelión aún no ha conseguido vencer al Imperio. Si las cosas se dejan en manos de gente como usted, ¿tiene el Imperio alguna esperanza de sobrevivir?*



Corran echó una mirada al deslizador de superficie SoroSuub X-34 que Kast estaba pilotando y lanzó un suspiro.

—¿Comprado o prestado?

El cazarrecompensas le miró desde detrás del volante.

—¿Acaso importa?

—Si me van a arrestar por viajar en un deslizador robado, me habría gustado que fuera algo más nuevo y deportivo, como un XP-38.

—Siempre puedes ir andando, Corran.

—Eso es cierto. —Con la mano izquierda sobre el parabrisas, Corran saltó al asiento del pasajero—. Dele gas.

Kast giró el volante del deslizador, alimentó los motores repulsoelevadores y apretó el acelerador.

—¿Cómo ha ido la carga?

—¿La carga? Ha ido bien. —Corran trató de buscar postura en el estrecho asiento—. Deberían estar preparados para su cita.

—Bien.

Corran escuchó la palabra, pronunciada con énfasis e inflexión correctos, pero de algún modo sintió que Kast no estaba siendo del todo sincero en su respuesta. Corran trató de averiguar qué era lo que le extrañaba, pero no pudo, y eso le fastidiaba. En el pasado había tenido casi un sexto sentido para tipos duros como Kast, pero parecía no ser capaz de leer al mercenario acorazado. *El hecho de que mi padre haya sido capturado por un hombre que lo va a cortar en rodajas está destruyendo mi concentración.*

Kast pilotó el deslizador hacia el centro de la ciudad. Las luces brillantes y los sonidos estridentes de Ciudad Corona y la Calle de la Nave del Tesoro comenzaron a agobiar a Corran.

Como miembro de SegCor veía el Muelle Sucio —la Calle de la Nave del Tesoro en la jerga de SegCor— como un sitio peligroso.

Aunque los lugares marginales podían no ser tan malos —y muchos ciudadanos respetables incurrían en transgresiones menores en algunos de los lugares más luminosos—, había lugares a los que incluso Darth Vader temería acercarse. La mayor parte de esos establecimientos estaban controlados por el Sol Negro.

El abuelo de Corran se lamentaba de los cambios que había habido en la clase criminal desde la ascensión del Imperio. Rostek Horn había estado en SegCor en la época del moff Fliry Vorru, cuando quebrantar la ley resultaba un arte. En aquellos días, según le habían contado a Corran, los criminales sólo hacían la guerra a otros criminales.

El secuestro de Hal y Trell nunca se habría tolerado entonces; los civiles habrían tenido que involucrarse mucho más profundamente en actividades criminales antes de que pudiera considerarse juego limpio.

Entonces el príncipe Xizor y su organización Sol Negro entraron en escena.

Xizor traicionó a Vorru al Emperador, consiguiendo de un sólo golpe eliminar a Vorru y ganar el favor del Emperador. Xizor había usado Corellia como campo de entrenamiento para algunos de sus lugartenientes. El más reciente y más brutal de ellos era Zekka Thyne.

Corran echó una mirada al exterior del deslizador cuando dejaron a un lado el almacén Dewback. Cuando volvió a girar la mirada en la dirección en la que estaba viajando, se encontró a Kast observándole.

—¿Pasa algo?

—Parecías haber encontrado algo interesante ahí fuera.

—Sí, así es. —*Piensa, Corran, piensa algo bueno*—. Era el arte callejero de los muros.

—¿Arte? ¿Crees que la alteración de edificios es arte?

Corran se encogió de hombros.

—No es la obra de Venthan Chassu, pero es mejor que el blanco desnudo de los destructores estelares para atraer mi interés.

Kast estudió a Corran por un instante o dos.

—¿Cómo es que alguien como tú conoce la obra de Venthan Chassu?

—Podría mentirle y decirle que mi madre solía llevarme a los museos, pero habría visto a través de ello. —Corran se obligó a mirar fijamente al frente y comenzó a tejer una mentira a partir de un cuento salvaje que un ladrón que atrapó una vez había comenzado a inventarse para él—. Conocí a un tipo que decía que tenía un cliente que compraría cualquier obra de arte de Corellia. Decía que ya había robado y vendido un puñado de pinturas, algunas esculturas y un par de dioramas holográficos. El cliente parecía impresionado, pero quería más. Gastaba créditos como si estuvieran hechos de átomos de hidrógeno libres, de modo que este tipo dijo que quería planear un golpe al Museo de Bellas Artes de Ciudad Coronet. Me quería en su equipo, de modo que estudié el lugar.

Kast asintió lentamente.

—¿Quién era el cliente?

—No lo sé. Mi hombre hablaba con un broker, y entonces fue rastreado por SegCor y tomó una lanzadera a Akrit'tar. Murió allí.

—Entonces, ¿qué opinas de la obra de Chassu?

Corran frunció el ceño. *¿Por qué a un cazarrecompensas le importaría el arte, y le importaría lo que* yo *opinase sobre arte?*

—Era interesante. Los estudios de desnudos selonianos fueron lo que más me gustó; pero no porque fueran desnudos. Los selonianos tienen pelaje, de modo que, ¿pueden estar realmente desnudos? Y si quisiera selonianos desnudos —Corran alzó las manos sobre el parabrisas—, puedo encontrar cantidad de ellos aquí en la Calle de la Nave del Tesoro.

—¿Por qué te gustaban?

—Chassu atrapó los dos elementos esenciales de los selonianos: sus formas sensuales y sinuosas y, debido a que sus rostros siempre estaban oscurecidos, su deseo de intimidad. —Corran se encogió de hombros—. Algunas de sus otras obras estaban bien.

—¿Qué opinas de *Palpatine Triunfante*?

—El trono construido con huesos me provocó pesadillas. —Corran se estremeció, sabiendo que las pesadillas no habían procedido de las calaveras y huesos destrozados, sino de la alegre expresión de gozo homicida en el rostro del Emperador—. Como obra maestra póstuma cumple su función, pero me gustaría haberle visto volver a los estudios selonianos.

—Su pérdida fue una lástima. —El casco de Kast se giró hacia él—. Parece que escondes más cosas que lo que se ve a simple…

—¿Oh?

—En serio. La última vez que los desnudos selonianos de Chassu se expusieron en el museo de Bellas Artes fue hace diez años.

Corran ocultó su sorpresa con una sonrisa.

—No exactamente. Hace dos años, el día de año nuevo, se mostraron en una recepción privada para benefactores del museo. Cuatro horas, diez mil créditos por cabeza. —Corran dio unos golpecitos en el hombro de la armadura de Kast—. Le habría encantado, pero hubiera tenido que darle antes una nueva mano de pintura a la armadura.

—Y tú estuviste allí.

—Estuve. *—Y Hal también. Mi madre había sido voluntaria en el museo durante tanto tiempo, que cuando necesitaron contratar seguridad adicional para la recepción, la administración nos llamó a nosotros*—. Le haré saber cuándo preparen otro de esos encuentros, si lo desea.

—Por favor. Tendré que buscar el modo de obtener una invitación.

Corran rió.

—Si puede hacer *eso*, quizá *pueda* conseguirnos una invitación para visitar a Zekka Thyne. ¿Cómo ha planeado que entremos?

La voz de Kast resonó desde el interior de su casco.

—He pensado que podría apelar al sentido de la justicia de Thyne.

—Le resultaría más fácil encontrar la flota *Katana*. —Corran negó con la cabeza—. Zekka Thyne es un alienígena humanoide mestizo con grandes manchas azules por toda su piel blanca rosácea. Sus ojos son rojo sangre excepto por las brillantes pupilas negras con ribetes dorados. Tiene orejas afiladas, dientes más afilados, y un sentido del castigo aún más afilado que un wookiee manteniendo una rencilla. He escuchado que disparó a una vendedora de especia porque la vendedora le dijo a Thyne que había tomado prestado parte de los créditos de un pago, pero que ya había devuelto el préstamo momentáneo, con intereses.

—¿Qué habría hecho Thyne si la mujer no se lo hubiera dicho?

—Matarla más lentamente. Es un auténtico artista con una vibrohoja. —Corran frunció el ceño pensativo—. Lo que a Parches le falta de cerebro, lo compensa con maldad feroz. ¿Cuánto cobraría por matarlo?

La cabeza de Kast se detuvo a sólo uno o dos centímetros.

—¿Me estás pidiendo que lo mate?

Corran dudó por un instante.

—No, supongo que no. Sólo me lo preguntaba. Pensé que quizá si lo hacía podía considerar la suma que tuviera que pagar como una especie de acto de caridad deducible de impuestos. Si es que los pagase, claro.

—No le haría ascos a ver a Thyne eliminado, pero eso está fuera del ámbito de mi tarea inmediata. —Kast le miró por encima—. En cualquier caso, creo que puedo conseguir que entremos a verle. Pienso que el enfoque diplomático sería lo mejor.

—Estoy de acuerdo, prefiero la diplomacia. —Corran dio unas palmaditas al bláster que estaba enfundado bajo su sobaco izquierdo—. También estoy preparado por si tenemos que ser poco diplomáticos.

—Lo que significa…

—Lo que significa que yo voy por debajo, y usted por arriba.

Kast asintió solemnemente.

—Que ese sea nuestro plan de repuesto, entonces.



El cazarrecompensas pilotaba el deslizador de superficie con facilidad a través de las oscuras colinas de las afueras de Ciudad Coronet. La finca de Thyne había pertenecido anteriormente a un magnate de los transportes que fue arrestado y enviado a Kessel por contrabando de especia. Thyne había conseguido las escrituras en una subasta, después de la cual comenzaron a correr por los bajos fondos de Corellia rumores que sugerían que Thyne había proporcionado las pruebas que sirvieron para encarcelar al magnate. Corran siempre había sospechado que semejante subterfugio había sido planeado en realidad por el príncipe Xizor, ya que Thyne nunca había demostrado ser tan astuto.

Cuando alcanzaron la cima de la última colina y descendieron al ancho valle en el que se encontraba la finca, Corran señaló al edificio principal.

—No parece gran cosa, pero esas colinas ondulantes sirven muy bien de revestimiento y canalizan las fuerzas de asalto por zonas donde hay minas colocadas. En lo alto de las torres se supone que debe haber E-webs capaces de barrer cualquier fuerza de infantería. Incluso se supone que Thyne tiene un reducto preparado para permitirle escapar si comienzan los problemas, lo que no es probable. Muros de doble grosor, ventanas de transpariacero de doble capa, completos sistemas de sensores electrónicos y de cuarenta a cincuenta tipos con blásteres hacen de esto una nuez bastante difícil de cascar. He escuchado que SegCor tiene abierta una orden de registro para este lugar, pero sin la guarnición imperial para apoyarles, nadie es lo bastante estúpido para tratar de cumplirla.

—No bromeabas acerca de los sensores. —Kast dirigió el deslizador de superficie hacia dos hombres que salieron por una puerta lateral, iluminándolos con el resplandor de

los faros, y luego giró el deslizador a la izquierda y dejó que se detuviera en la tierra—. Iré a hablar con ellos. Estate preparado por si las cosas comienzan a ir mal.

—¿Me hará una señal? —Corran observó cómo el cazarrecompensas se apeaba del asiento del conductor y catalogó mentalmente las armas que podía ver—. Pregunta tonta. Si caen iré corriendo.

Observó a Kast acercarse a los dos hombres. El cazarrecompensas mantuvo las manos abiertas y a los lados, pero sin hacer ningún gesto que pudiera interpretarse como una rendición. *Quería hacerles saber que no pretendía matarles, pero que era capaz de hacerlo en cuanto le dieran motivos suficientes.* El trío se reunió y Corran pudo escuchar el murmullo de las voces, pero no entendía ninguna palabra. Uno de los hombres de Thyne habló en un comunicador, y luego Kast alzó su mano izquierda e indicó a Corran que se acercase con un tranquilo movimiento de los dedos.

Corran abandonó el deslizador terrestre y se acercó a los tres hombres, imitando la postura de manos abiertas de Kast al hacerlo. Uno de los hombres de Thyne se acercó a él, con la clara intención de tomar su bláster, pero Corran le miró frunciendo el ceño. *¿Qué, piensas que soy tan estúpido como para tratar de entrar y salir de aquí a disparos?*

El hombre del bláster dudó, y luego hundió sus manos en sus bolsillos.

El otro esbirro de Sol Negro apuntó a Corran.

—Adelante, quítale el bláster.

—¿Piensas que es tan estúpido como para tratar de entrar y salir de aquí a disparos? —El primer pistolero negó con la cabeza—. Llevémosles ante el jefe. No queremos que espere.

—Cierto. Seguidnos.

Sus guías les condujeron hacia la entrada principal y a un vestíbulo que Corran pensó que en otra época podía haber rivalizado en esplendor con el del Museo de Bellas Artes de Ciudad Coronet. Granito rosa y mármol negro se habían usado en el suelo creando un patrón complejo y caótico. Una escalinata de piedra subía en espiral hasta la segunda y tercera planta, y hacía subir la mirada hasta la representación holográfica del cielo nocturno sobre ellos.

Pequeños nichos en los muros albergaban estatuas y grandes paneles de marcos dorados ofrecían un amplio espacio para mostrar una vasta muestra de pinturas y originales obras de arte holográficas.

Es asombroso como algo que podía haber sido tan hermoso podía transformarse fácilmente en algo tan… vulgar. Parecía como si la definición de arte de Thyne estuviera íntimamente ligada a los conceptos de desnudez, excesos, y un esquema de color que se basaba predominantemente en rosas, púrpuras y una tonalidad irritantemente vibrante de verde. Algunas de las estatuas —pocas de las cuales realmente podrían haber encontrado su sitio en el Museo de Bellas Artes— habían sido toscamente *corregidas* mediante la aplicación de este esquema de color, y la pintura sobrante había salpicado los muros.

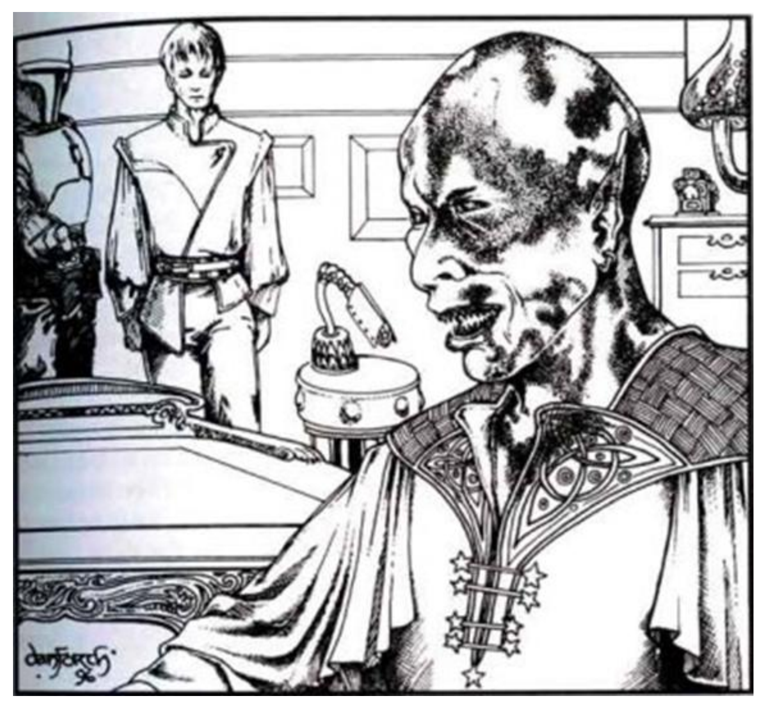
Las pinturas mostraban a Corran una serie de modelos que pensó que serían más apropiados para libros de texto de xenobiología, y las holografías parecían el equivalente visual de un grito extremadamente agudo.

—¿Cuánto ibas a ofrecerme por matarle? —susurró Kast.

—No lo suficiente.

Siguieron a sus guías atravesando el vestíbulo y entraron por una gigantesca puerta doble a la oficina de Thyne. Allí se añadía un elemento a la disparidad de obras de arte: una guerra entre estilos de mobiliario. El escritorio de Thyne estaba tallado en madera marrón oscura de árbol *vweliu*, y era en sí mismo una obra de arte. Rodeándolo se encontraban otras sillas y mesas de duraplástico y fibraplástico prensados; la clase de cosas que podrían dejarse en un jardín porque el clima no las dañaría. Unas cuantas mesas de acero inoxidable rematadas con láminas de transpariacero completaban la decoración, y un derroche de lámparas —no había dos iguales— proporcionaban iluminación a todo el conjunto.

Corran dirigió la mirada a Hal y éste le saludó valientemente con la cabeza a pesar de los surcos gemelos de sangre que caían de su nariz. Haber Trell parecía en peor estado, con un ojo que se le hinchaba rápidamente y una vibrohoja inerte clavada en el asiento entre sus muslos. La piel amarilla del tunroth se había vuelto ligeramente gris, y un goteo de sangre azulada manaba de una de sus fosas nasales, pero por lo demás Rathe parecía alerta.



Zekka Thyne sonrió a Kast, y Corran encontró la expresión casi obscena.

—Ah, Jodo Kast, por fin nos conocemos. Normalmente, no contrato a nadie a quien no conozca, pero su reputación le precede. He decidido que los créditos están bien gastados. —Thyne afiló su mirada escarlata—. No me defraude.

—No tengo intenciones de hacerlo. —Con un movimiento rápido y suave, Kast extrajo un bláster con su mano derecha y lo presionó contra la sien izquierda de Corran—. Haber Trell y el tunroth son asesinos contratados por Borbor Crisk para eliminarle. Sus socios están ahora mismo negociando con Crisk la entrega de un par de centenares de cajas *trucadas* con el precio por su cabeza.

—¡Eso no es cierto! —rugió furioso Haber Trell—. Está mintiendo.

Thyne le hizo callar golpeándole con el dorso de la mano.

—¿Y quiénes son los otros dos?

Kast lanzó un gruñido que casi parecía una carcajada.

—Contrataron a estos dos lugareños para ayudarles a moverse por los alrededores, y como camuflaje. Con esos dos a remolque, ¿quién pensaría que son asesinos renombrados en la galaxia?

Corran comenzó a alzar una mano para masajearse la cabeza, pero Kast mantuvo el arma presionada fuertemente contra su cráneo. Corran no estaba seguro de qué le dolía más: su cabeza o su orgullo por haber sido engañado por Kast. *Ha jugado muy bien conmigo, igual que ha jugado con el resto de nosotros. Habría sido mejor estar en el lugar de mi padre, porque Kast nunca le habría engañado a él.*

Corran lanzó una mirada de soslayo a Kast, y luego inclinó la cabeza hacia Thyne.

—Ya sabes que en realidad no se puede confiar en la palabra de un cazarrecompensas.

—Cierto, pero estoy más dispuesto a confiar en él que en los mozos de cuerda locales de unos asesinos.

Kast se acercó a él y le quitó a Corran su bláster, bajando luego su propia arma.

—Mi historia es bastante fácil de comprobar. Debería enviar a alguno de sus hombres al Refugio del Mynock. Es la cantina donde los socios de Trell van a reunirse dentro de una hora con Crisk para ultimar los detalles del pago. Encontrará las cajas *trucadas* en los almacenes Dewback, cerca del espaciopuerto. Puede enviar a otro de sus hombres allí y esperar a que Crisk y sus hombres vayan a recoger las cajas.

Corran se frotó la sien.

—¿Dedujo eso de mi mirada al lugar? Es usted bueno.

—Por eso la gente me contrata. —Kast miró a Thyne—. ¿Supongo que tendrá celdas de retención aquí?

—La bodega de vino está vacía. Puede dejarlos en las alcobas de allí abajo.

—Bien. Debería hacerlo mientras usted prepara la emboscada a Crisk. —Kast hizo una seña con su bláster para que Corran avanzase hacia la puerta—. Una vez que su gente haya vuelto para informar, sabrá en quién puede confiar.

—Sí —siseó Thyne—. Y aquellos que estén mintiendo pagarán el precio definitivo por tratar de engañarme.

Parte Tres

por Michael A. Stackpole

Impulsado por un golpe en los riñones con una carabina bláster, Corran Horn entró a trompicones en la celda improvisada.

Recuperó el control de sí mismo lo bastante rápido para evitar chocar contra su padre y se giró rápidamente, pero Jodo Kast cerró la puerta de hierro forjado. Eso dejó eficazmente sellados a los dos Horn en una caverna pequeña y polvorienta que antiguamente había sido el hogar de una estupenda colección de vinos de todas partes de la galaxia. *Al menos esa es la impresión que causaban todos los fragmentos de botellas rotas por el suelo.*

Corran atravesó a Kast con la mirada más fiera que podía componer.

—Esto no ha acabado entre nosotros, Kast.

El cazarrecompensas miró plácidamente a Corran, pero el trío de matones de Zekka Thyne que estaban obligando al otro hombre y al tunroth a entrar en una segunda caverna al otro lado de la bodega rieron a pleno pulmón. Su líder, el hombre pelirrojo de complexión bovina que había dado el empujón a Corran, miró con desdén al agente de incógnito de la Fuerza de Seguridad Corelliana.

—Te queda muy poco tiempo, colega. El jefe no te va a dejar intentar nada contra este tipo. Yo seré quien se encargue de ti.

—¿Ah, sí? —Corran lanzó al hombre una mirada letal—. No sabía que Thyne se dedicaba a hacer favores a los ayudantes contratados. Cuando quieras puedes intentarlo.

—No tendrá la oportunidad —dijo la voz de Kast en tono frío y distante—. Estoy harto de tus cháchara, bravuconerías y amenazas, Corran, y no estoy dispuesto a permitir que otra persona elimine las molestias de mi vida. —El mercenario acorazado apuntó con el índice al hombre pelirrojo—. Tócale, y consideraré como un asunto de honor el encargarme de ti.

El pelirrojo palideció.

—Sí, señor.

Uno de los otros subordinados de Sol Negro de Thyne cerró la otra puerta y la aseguró.

—Están dentro. ¿Quieres que amenace a alguno de *ellos*, Nidder?

El pelirrojo frunció el ceño.

—Vete a chupar el vacío, Somms. Ya que te crees tan divertido, puedes quedarte a inventarte chistes mientras montas guardia ante estos payasos.

Las cejas rubias de Somms se inclinaron hacia su nariz.

—Ahí dentro están seguros, no necesitan que les vigilen.

Kast negó con la cabeza.

—No, ahí dentro no, por supuesto que no, sino fuera de la sala, en el primer descansillo de las escaleras. Allí puedes escuchar ruidos de aquí dentro o de la planta principal y ser capaz de responder.

Nidder colocó su carabina bláster en las manos de Somms.

—Ya le has oído.

Corran sonrió.



—Tal y como me figuraba, Kast. Quieres a alguien estacionado entre tú y yo.

Kast agarró los barrotes de hierro de la reja y los agitó una sola vez, con fuerza. El metal resonó fuertemente y, sorprendido, Corran retrocedió un paso involuntariamente.

Nidder, Somms y el tercer hombre de Sol Negro comenzaron a reír, pero su jolgorio no impidió que Corran escuchara la respuesta de Kast a su comentario.

—No te tengo miedo, Corran. Espero ansioso que logres salir de ahí, porque con Thyne enviando a sus pistoleros a tender una emboscada a Maranne y Riij, estoy bastante seguro de que yo soy todo lo que hay entre tú y tu libertad. Puede que seas bueno, puede que seas incluso mejor de lo que pienso que eres, pero yo sigo siendo mejor.

La sien izquierda de Corran latió con fuerza en el lugar contra el que Kast había presionado su pistola bláster.

—Sigue pensando eso, Kast, y no te sorprendas cuando demuestre que te equivocas.

—Ven a verme, Corran, cuando tus alardeos no sean en vano.

Kast se giró y condujo al resto de los hombres al exterior de la pequeña sala.

Una vieja puerta de madera se cerró tras él con un chasquido.

Corran se quedó mirando hacia allí por un instante y luego se dio la vuelta y lanzó un juramento.

—¡Engendro Sith! Ese hijo de rancor me ha tomado por idiota. —Alzó la mirada hacia su padre—. Lo siento, papá. La verdad es que he causado un buen lío.

El padre entrecerró sus ojos color avellana.

—¿Por qué pretendes que nuestra situación sea culpa tuya?

—Debería haber sabido que algo no iba bien. —Corran se cubrió el rostro con las manos—. Su nave, el *Hopskip*, es una pieza de chatarra que Crisk no usaría ni para transportar cadáveres, no digamos mercancía valiosa. Los demás no tenían ni idea de qué había en su bodega de carga, y resultó estar llena de cajas *trucadas*.

Hal frunció el ceño.

—Las cajas *trucadas* no son tecnología demasiado puntera para los contrabandistas hoy en día. Es casi como si quisieran que les atraparan.

—Eso es, justamente. —Corran se apoyó contra una estantería de plastifibra para botellas construida sobre la pared de la caverna—. Kast le dijo a Thyne que las cajas estaban vacías, pero encontré algunas con los holosellos rotos y las abrí. Una caja tenía especia; en realidad, sólo polvo para uso recreativo, pero especia al fin y al cabo. La otra contenía una fortuna en gemas de fuego de Durin sin cortar. Incluso si suponemos que sólo hay una caja de gemas y las otras 199 son especia, Cris podría usar las gemas para comprar un ejército y usar la especia para inundar el mercado y echar por tierra los beneficios de Sol Negro.

Hal Horn le dio la vuelta a una caja de vino de madera y se sentó.

—De modo que me estás diciendo que tenemos a unos no-contrabandistas llevando doscientas cajas *trucadas* y no tienen ni idea de qué hay dentro. Encuentras gemas y especia en dos de ellas y el cargamento va dirigido a Crisk. El propio Crisk no puede organizar semejante envío, de modo que debe tener un apoyo. ¿Quién?

Corran frunció el ceño.

—Las gemas provienen de Tatooine. ¿Allí no hay un hutt controlando el tráfico de especia?

—Jappa o Jadda o algo así, sí. Es poderoso allí, pero ¿expandirse hacia Corellia? Es un paso muy osado. —Hal abrió la boca, y luego negó con la cabeza. Hizo un gesto a su hijo para que se apartase y miró más allá de Corran hacia la otra celda.

—Haber Trell, ¿Desde cuándo conoces a Jodo Kast?

El piloto del *Hopskip* se puso en pie y agarró los barrotes de su prisión.

—No le conozco. Sólo viene conmigo en este viaje.

—Sí. —Hal se apoyó de nuevo contra el muro y rió en voz baja—. Eso es.

Corran negó con la cabeza.

—¿Estás diciendo que Kast está detrás del cargamento dirigido a Crisk? Pero eso no tiene sentido, porque ha sido él quien le ha dicho a Thyne dónde encontrar las cajas con la especia y las gemas.

—No, Corran, Kast no es quien lo ha planeado, él es lo que ha entrado de contrabando en Corellia.

Corran se quedó boquiabierto.

—Eso no tiene ningún sentido.

—¿No? —Hal lanzó a Corran una mirada escrutadora; la misma que en el pasado advertía a Corran que su padre pensaba que no se estaba esforzando demasiado en pensar—. ¿Qué opinas del último comentario de Kast?

Corran reflexionó.

—Me estaba tentando.

—De acuerdo, pero ¿qué nos ha dicho al tratar de tentarte?

El suspiro surgió desde la punta de los dedos de los pies de Corran.

—Nos ha dicho que él era todo lo que queda entre nosotros y la libertad; que todos los tipos de Thyne se han ido. Me ha dicho que vaya a encontrarle cuando nos liberemos. —Corran se golpeó la frente con la palma de la mano—. Debería haberlo visto.

—Lo has hecho.

—Sí, pero he necesitado que tú me lo indicases. —Corran meneó la cabeza y dio un puntapié al cuello de una botella rota—. A veces mi cerebro no da para más.

—No, Corran, tu cerebro trabaja perfectamente. —Hal mantuvo un tono de voz constante, pero señaló con el índice a su hijo—. Sólo necesitas enfocar tu pensamiento. Estás furioso por el modo en el que Kast te ha engañado, y creo que tenías un poco de miedo por lo que me pudiera estar pasando.

—Correcto en ambos casos.

—Es comprensible, hijo, y lo aprecio en el caso de tu preocupación hacia mí, pero no puedes dejar que tus emociones y los incidentes te controlen.

—Lo sé, papá. De verdad. —Sonrió a su padre—. Trato de seguir tu ejemplo, pero tú eres mejor en esto que yo.

—Te llevo unos cuantos años de ventaja, Corran.

—Es más que sólo los años, papá —dijo Corran con un gesto de disgusto—. Nunca habría leído el mensaje de Kast como tú lo has hecho.

Los ojos del mayor de los Horn brillaron.

—Tengo que admitir, Corran, que te he hecho trampa esta vez.

—¿Qué?

Hal señaló tras él.

—Ahí arriba, en los barrotes que Kast agitó, mira qué es esa cosa pequeña, ¿quieres?

Corran se giró y miró de cerca los barrotes. Donde Kast había agarrado uno con su mano derecha, Corran vio un pequeño cilindro negro de cerca del ancho de una mano de largo y del diámetro aproximado de un disparo bláster. Lo liberó de la barra con un tirón, dejando un residuo de adhesivo en el hierro forjado, y notó un pequeño botón bajo su pulgar, cerca del borde del cilindro.

—Ten cuidado con eso, Corran.

El hombre joven asintió y pulsó el botón. Casi invisible en la penumbra, una delicada hoja monomolecular se deslizó al exterior del cilindro.

—Sé lo que es, y recuerdo lo que le ocurrió a Dindo el Zurdo.

Corran cortó cuidadosamente el cerrojo con la hoja. Luego, retrajo la frágil hoja del estilete y abrió la puerta.

—Liberarnos de esta celda es un poco más sencillo que tratar de liberarse de unos grilletes usando uno de estos, como el Zurdo.

Hal Horn se detuvo en el umbral de la puerta de la celda.

—Tal vez podrías cortarnos un par de barrotes para usarlos como armas. Puede que Somms no sea el matón de Sol Negro con más luces, pero creo que hará falta convencerle un poco para que nos deje salir de aquí.

—De acuerdo.

Extendiendo la hoja de nuevo, Corran cortó un par de barras de unos cincuenta centímetros de largo de la parte inferior de la reja, y le tendió una a su padre.

Hal golpeó la porra contra su mano izquierda con un sonido de carne golpeada.

—Esto servirá. Ahora, ¿dónde tendemos una emboscada a Somms?

Corran echó un vistazo a la puerta cerrada de la sala.

—¿Piensas que Somms es alguien que dará la alarma de inmediato, o que esperará a informar del éxito?

—¿Después de que Nidder le diera la orden? Actuará, y luego informará.

—Eso es lo que yo pienso, también. El descansillo estaba diez escalones más arriba, y estamos lo bastante lejos de la oficina para que si hacemos algo de ruido nadie lo note, creo —dijo Corran con una sonrisa—. Yo haré el trabajo duro si tú quieres encargarte de los gritos.

—Los gritos me parecen bien —dijo Hal Horn, sonriendo a su vez—. Ten cuidado.

—Vale.

Corran caminó hacia la puerta de madera y dejó la longitud de la hoja a medio centímetro menos del grosor de la puerta. Luego cortó con mucho cuidado. Dibujó un círculo en el centro de ella. Una vez que hubo terminado el círculo, trazó líneas saliendo de él como si fuera un niño dibujando un sol. Finalmente talló pequeños semicírculos alrededor de las bisagras y la cerradura.

Cerró la hoja y se la entregó a su padre a cambio de uno de los garrotes.

—Bien, allá vamos.

—¡Espera!

Corran miró a Haber Trell.

—¿Qué quieres?

—No nos dejéis aquí dentro. Si vais a escaparos, nosotros también queremos ir.

—No lo creo, Trell. —La piel se tensó alrededor de los ojos de Corran—. Aunque fueras dos veces mejor luchador que contrabandista, aún no sería suficiente.

Hal asintió mostrando su acuerdo, pero le lanzó el punzón molecular de todas formas.

—Corran está en lo cierto, no querréis venir con nosotros. Nosotros saldremos y nos encargaremos de Thyne. Dadnos un par de minutos, y luego actuad rápido. Robad uno de los deslizadores aéreos de Thyne y escapad. Volved a vuestra nave y salid del sistema.

Trell asintió.

—Gracias.

Corran miró a su padre con el ceño fruncido, y luego señaló a Trell.

—Y escucha, no volváis a meter esa carga en vuestra nave. No os interesa andar transportando especia. —Trell se estremeció y Corran lo interpretó como una respuesta elocuente a su aviso—. ¿Listo, papá?

—Preparado.



Corran sonrió y corrió de vuelta hacia la puerta. Se abalanzó contra ella y la golpeó en el centro con la espalda. La puerta estalló en fragmentos a su alrededor, esparciendo grandes trozos de madera en el estrecho pasillo del exterior de la prisión improvisada. Corran cayó al suelo entre todo ello, gimiendo involuntariamente en lugar de soltar un gran y fingido uf tal como había planeado. *No había bordes dentados, pero desde luego los escombros eran pesados.*

La voz de Hal fluyó a través de los últimos ecos del crujido de la puerta.

—¡Sacadme a ese tunroth de encima!

Con los ojos casi cerrados, Corran vio a Somms bajar casi volando las escaleras hasta el rellano. El hombre mantenía la espalda contra el muro de piedra mientras avanzaba sigilosamente hacia la celda, y luego blandió la carabina bláster y se preparó para entrar de golpe en la celda. Para hacer eso se preparó para girar sobre su pie derecho, cruzar el umbral y luego entrar.

Cuando el pie izquierdo de Somms se desplazó en el movimiento giratorio, Corran lo agarró con su mano izquierda. Dejando que el propio impulso de Somms le hiciera caer sentado al suelo, Corran golpeó con su cachiporra metálica en la parte superior de la pelvis del hombre. Somms comenzó a chillar, en apariencia más de sorpresa que de dolor, cuando Hal apareció en el umbral y lo hizo callar de un puñetazo en la cara.

Somms cayó al suelo y no se movió.

Corran miró a su padre frunciendo el ceño.

—¿Para qué el garrote, si no lo vas a usar?

—No lo necesitaba. —Hal agarró la carabina bláster del costado de Somms, ajustó la palanca de selección a aturdir, y le disparó una descarga azul. El matón de Sol Negro se

estremeció una vez, y luego quedó tranquilamente inmóvil—. Espero que siga sintiendo el golpe que le has dado cuando se despierte.

—Esperemos que así sea. —Corran rodó hacia él y le desabrochó el cinturón del bláster. Colocándoselo él mismo, Corran extrajo el bláster de él y comprobó el paquete de energía. Alzó la vista hacia su padre—. ¿Vas a dejar ese ajuste en aturdir?

—Que yo sepa, los disparos mortales no llegan más lejos que las ráfagas aturdidoras.

—Cierto, pero hay mucho más papeleo que rellenar cuando los llevamos con vida.

—Ni siquiera bromees con eso, Corran. —Su padre le lanzó una mirada de reprobación que le hizo a Corran sentirse del tamaño de una figura de holojuego—. Ajústalo en aturdir y no lamentarás haberle dado por accidente a un amigo.

—Sí, señor. —Corran hizo pasar la palanca selectora de la pistola a la posición de aturdir y se puso en pie. Con un gesto, invitó a su padre a que avanzase hacia la puerta—. Hora de ir a por Thyne. La edad antes que la belleza.

—El cerebro antes que la insolencia. —Hal lanzó un rápido saludo a Haber Trell y Rathe—. Suerte para vosotros, pero mantened las cabezas agachadas y salid de aquí rápido. Si Thyne no reacciona bien ante nuestro rechazo a su hospitalidad, no querréis estar en el radio de acción.



Arl Nidder seguía el ritmo de las largas zancadas de Jodo Kast lo mejor que podía. El cazarrecompensas le impresionaba, pero la armadura le impresionaba más. *Si tan sólo tuviera esa armadura mandaloriana sería un tipo duro. Podría poner un montón de años luz entre yo y el resto de los chicos de Bromstaad. Quizá algún moff me contratase para hacer algún trabajo delicado, o quizá incluso el príncipe Xizor.*

Sus pensamientos terminaron abruptamente cuando entraron en la oficina de Thyne.

A Nidder le gustaba la oficina porque le parecía un museo. Nunca había estado en un museo de verdad, pero sabía que eran lugares donde se recopilaban cosas antiguas y valiosas. Se sentía orgulloso de que Thyne le mantuviera lo bastante cerca para proteger las preciadas posesiones del señor del crimen.

A pesar de estar rodeado de belleza, Thyne no parecía estar contento. La placa de holoproyector montada sobre su escritorio mostraba una vista translúcida de la fortaleza de Thyne y el valle circundante con gran detalle.

Moviéndose por la zona había pequeños iconos naranjas que Nidder había visto en simulaciones de seguridad, pero sólo cuando estaban repasando las peores situaciones posibles para asustar a los nuevos reclutas.

Nidder se quedó boquiabierto.

—¿Eso son realmente soldados de asalto?

Thyne asintió y luego activó un comunicador.

—Todo el personal a sus estaciones de combate. Esto no es un simulacro. Fuerzas hostiles desplegándose al norte y al este. Muévanse, quiero todas las defensas operativas en treinta segundos.

Nidder y Deif comenzaron a avanzar hacia las puertas entreabiertas, pero Thyne les detuvo con un bramido.

—Vosotros dos no. No es que no confíe en usted, Kast.

Kast alzó las manos.

—Pero es que no confía en mí. Se lo recordaré la próxima vez que negociemos un precio por mis servicios.

El tremendamente alto cazarrecompensas se sentó en una silla, girándola de modo que podía observar a Thyne a la derecha y las puertas a la izquierda, pero lo hizo de forma tan casual que a Nidder le costó uno o dos instantes darse cuenta de qué estaba haciendo exactamente.

Kast miró directamente a Nidder, y luego cruzó tranquilamente su pierna derecha sobre la izquierda.

Nidder tembló, incómodo, y tuvo la clara impresión de que la única forma en la que conseguiría esa armadura sería ser lo suficientemente afortunado para estar cerca cuando algún otro matase a Kast y se la quitase. Por supuesto, el pensamiento no se formó exactamente de esa forma en la mente de Nidder. Simplemente supo que no quería *esa* armadura, tan sólo una como esa.

Su momentáneo sentimiento de inferioridad se desvaneció cuando se dio cuenta de que Kast no era tan listo como creía ser. Si el mercenario hubiera dado la vuelta a su silla aún podría seguir viendo el escritorio y las puertas, pero además podría ver los cuadros de retozantes desnudos de la pared. Desde donde estaba, Nidder podía apreciarlos completamente —aunque era incapaz de explicar por qué el artista había incluido accesorios de jardín en el cuadro— y sonrió para hacer saber a Kast lo que se estaba perdiendo.

El holograma se convirtió en un esquema de la casa, con los pasillos al otro lado de la puerta representados con una luz amarilla que parpadeaba.

Thyne resopló furioso.

—Hay alguien en el vestíbulo. Los impes ya se han infiltrado en el edificio.

Indicó a Nidder y Deif que fueran hacia la puerta. Kast comenzó a hablar en voz alta.

—Por supuesto, manejar las cosas de forma diplomática funciona mejor. —El cazarrecompensas señaló a dos puntos junto al muro donde los mercenarios Bromstaad podían cubrir la entrada con un letal fuego cruzado—. Pero, una vez más, hay veces en las que uno tiene que *dejar de lado la diplomacia*.

Nidder se maravilló por como la voz de Kast cubrió el sonido que hizo al acercarse a la puerta. Se detuvo exactamente donde Kast quiso y sacó la pistola bláster. La ajustó a matar y esperó, pero lanzó a Kast un guiño y un gesto de cabeza. Cuando le devolvió el gesto, Nidder incluso comenzó a imaginarse que Kast podría tomarle como aprendiz, o

incluso como socio. *Ha visto lo bueno que soy. Sabe lo que conseguirá cuando trabajemos juntos.*

La explosión de la mitad inferior de la puerta interrumpió la fantasía de Nidder. A través del humo y de la lluvia de escombros ardientes apareció el más pequeño de los prisioneros que habían dejado atrás. Poniéndose en cuclillas para terminar la voltereta con la que había atravesado el agujero, el hombre de pelo castaño alzó su pistola bláster y disparó dos veces. La primera andanada azul falló, pero la segunda alcanzó a Deif en el estómago, rodeándole con energía azul.

Nidder apuntó con su pistola al hombre pequeño. No me ha visto. *No sabe que estoy aquí. Terrible error por su parte.* Nidder comenzó a apretar el gatillo con su dedo cuando notó que se estaba moviendo hacia atrás.

Sintió que sus hombros chocaban contra el muro, y su cabeza rebotaba contra él.

A través de las estrellas que explotaban vio un segundo disparo salir con un destello de un bláster integrado en la muñeca de la armadura mandaloriana.

En el nanosegundo que le costó al disparo escarlata estrellarse contra su pecho, Nidder se dio cuenta de que Kast se había colocado con tanto cuidado y precisión porque el cazarrecompensas quería matarle. Nidder no se sintió ultrajado por haber sido traicionado y asesinado tan fácilmente, ni tampoco, en el momento de su muerte, concedió a Kast una pizca de respeto por haber actuado con tanta frialdad para matarle. No; para Arl Nidder, muriendo al caer al suelo, sólo hubo un último pensamiento. *Si ahora tuviera esa armadura…*





Corran vio los destellos rojos a su izquierda y se giró en esa dirección mientras su objetivo caía al suelo. Al fondo de la sala, Corran vio a Thyne correr a un lugar donde un panel del muro se retrajo para revelar una salida trasera. Comenzó a apuntar al señor del crimen fugitivo, pero retiró su pistola cuando la cabeza y los hombros de Kast taparon a Thyne. *Se está escapando.*

Corran lanzó una mirada hacia la puerta.

—Todo despejado.

Hal cruzó la puerta, miró al cadáver de Nidder, y luego a Kast.

—Tómate otra ronda a mi cuenta como agradecimiento.

El cazarrecompensas descruzó las piernas y se puso en pie.

—Control de plagas.

Corran señaló a la oscura apertura de la pared.

—Thyne ha escapado por ahí.

Hal se aproximó con cautela.

—Parece despejado.

Corran se apropió de la carabina bláster que llevaba el hombre al que había disparado y la ajustó en aturdir.

—Vayamos a buscarlo. —Se volvió hacia Kast—. Ven con nosotros. Nos vendría bien tu ayuda. Hay una recompensa por Thyne. Nosotros vamos a atraparlo, pero la recompensa puede ser tuya. —Corran miró la estridente decoración y las horrorosas obras de arte de la habitación a su alrededor—. Podría incluso ser suficiente para comprar arte de verdad y borrar los recuerdos de este lugar.

—Me tienta mucho. —Kast se encogió de hombros—. En cualquier caso, alguien con un gusto artístico tan inferior no debería ser difícil de atrapar. Me uniría a vosotros, pero soy un simple cazarrecompensas y aún tengo un trabajo que hacer.

A pesar de no poder leer el rostro de Kast, Corran sabía que estaba mintiendo. Alzó una ceja.

—No creo que seas un simple cazarrecompensas.

—Ni yo creo que tú y tu padre seáis simples matones buscando trabajo en los bajos fondos. —Kast cruzó la sala hacia el escritorio y apretó un botón en el panel de control de la unidad de pantalla holográfica. Apareció una vista de los alrededores y Corran vio pequeños iconos naranjas moviéndose en enjambres por el terreno—. Eso son tropas de asalto imperiales. Parece que van a hacer las cosas incómodas si no seguís con lo vuestro. No querréis que os atrapen aquí.

—Tú tampoco.

—No me atraparán.

Corran asintió.

—Quizá en otra ocasión.

—Quizá.

La firmeza en la voz de Kast indicó a Corran que nunca habría una próxima vez, y de algún modo esa perspectiva tan sólo le hacía sentir alivio.

Corran se unió a su padre justo en la entrada del pasadizo de escape de Thyne. El estrecho pasillo había sido tallado a través de la roca original con una sutil pendiente descendiente.

Cada cincuenta metros, más o menos, giraba sobre sí mismo, obligando a los Horn a avanzar con cuidado. La brevedad de los pasajes significaba que cualquier tiroteo sería a poca distancia y extremadamente letal.

Corran agarró su carabina bláster con ambas manos y la presionó contra su flanco derecho. Había sido modificada desde su salida de fábrica con la inclusión de un punto de mira luminoso al lado izquierdo del cañón, y se le habían hecho más modificaciones para convertirlo en lo que la jerga de la calle se conocía como un *disparo fácil*. Habían cortado la guarda del gatillo, dejando el gatillo libre y el arma propensa a dispararse cuando el gatillo se enganchaba con la ropa o era pulsado de cualquier otro modo. Se suponía que usar un *disparo fácil* indicaba lo dura que era una persona, pero sólo hacía falta echar un vistazo a los resultados de una pistola de *disparo fácil* metida en la cintura para convencer a la mayoría de la gente de que era una modificación imprudente.

Por supuesto, nadie iba a meterse una carabina en los pantalones. Corran sonrió ligeramente, luego asintió cuando su padre le dijo que avanzase. Quedándose agachado, Corran dobló la esquina del pasillo, y luego se echó a tierra mientras un disparo bláster rojo cruzaba silbando el aire sobre él.

Respondió al disparo un par de veces, pero ninguna de las dos andanadas azules golpeó nada excepto piedra.

—Los pasillos se ensanchan hacia una cueva natural… Probablemente estemos en la parte trasera de la propiedad.

—Bien, vayamos despacio. Apaga la luz.

Corran desactivó el punto de mira luminoso y cerró los ojos. Contó hasta diez para que sus ojos se ajustasen a la oscuridad, y luego los abrió. Formas de vida bioluminiscentes —líquenes y las cosas que se alimentaban de él— proporcionaban un brillo púrpura que permitió a Corran discernir formas sombrías. Algunas eran regulares y aparentaban ser cajas de duraplástico de varios tamaños, mientras que las más grandes y amenazantes eran formaciones rocosas curiosamente hinchadas y retorcidas. Parecía haber pocas modificaciones físicas en la cueva; el suelo seguía siendo desigual y las cajas estaban calzadas con cuñas en varios puntos donde el espacio lo permitía. Corran supuso que el anterior propietario había mantenido la cueva en su estado natural y que Thyne había almacenado en ella sus cargamentos más preciados o vitales que no confiaba en dejar en ningún otro sitio.

Corran se arrastró hacia delante, siguiendo agachado. Alcanzó la primera caja y el la débil luz distinguió una leyenda imperial estarcida que indicaba que estaba llena de carabinas bláster. La habría abierto, pero el aroma de la especia perduraba tan fuerte en los alrededores que inmediatamente supo lo que en realidad contenía. *O bien Thyne estaba simplemente almacenando especia allí, o bien Sol Negro tenía algún contacto imperial que le estaba permitiendo pasar esa mercancía por las aduanas. Tendré que preguntarle a Loor acerca de esto.*

Corran lanzó un breve y agudo silbido, y luego escuchó que su padre cubría el espacio que les separaba. Para ser un hombre mayor, y tan grande como era, Hal se movía bastante silenciosamente. *Sentí su presencia antes de percibir ese ligero roce de su suela contra la piedra. Oh, Thyne, no sabes con quién te estás metiendo.*

Un silbido de respuesta hizo que Corran avanzase. Se movía despacio y cuidadoso, abriéndose camino de una roca oscura a otra. Se esforzaba por evitar aquellas que brillaban porque no quería que su silueta se recortase contra una de ellas.

Tuvo el mayor cuidado en hacer el menor ruido posible, y sonrió al dejarse caer apoyándose tras una gran roca negra.

Corran echó la vista atrás hacia su padre, y estaba preparado para silbar cuando escuchó el chirrido del metal contra la roca. Alzó la vista y efectuó un disparo con su carabina bláster.

El destello azul pasó de lado a Thyne cuando este saltó al suelo desde un gran dolmen, y entonces el talón derecho de Thyne golpeó a Corran en el hombro y le hizo caer rodando al suelo. Su carabina bláster cayó rebotando lejos de él, disparando dos veces al azar. Sintió que el brazo izquierdo de Thyne se tensaba alrededor de su cuello y entonces el alienígena se enderezó, alzándolo casi en vilo; Thyne estaba usando su cuerpo como escudo ante los disparos.



El cañón de una pistola bláster se encajó bajo el lado derecho de la mandíbula de Corran. Se encendió una barra luminosa, bañando de luz el lado derecho del rostro de Corran. Los músculos del brazo alrededor de su cuello se contrajeron, ahogando su respiración y acabando con cualquier esperanza de soltarse.

Thyne rugió con potencia, lanzando ecos furiosos de su voz a través de la caverna.

—Tu socio es hombre muerto si no te muestras en cinco segundos.

Para Corran, esos cinco segundos duraron toda una eternidad, y la llenó con una interminable serie de si-tan-sólos. *Si tan sólo me hubiera metido la pistola bláster en la cintura cuando cogí la carabina. Si tan sólo tuviera el punzón. Si tan sólo hubiera avanzado más silenciosamente…* Las auto-recriminaciones coparon su mente y alimentaron lentamente la desesperación que estaba creciendo lentamente en su cabeza.

Entonces su padre se puso en pie y el punto de mira luminoso de su carabina cobró vida. Iluminado por la luz trasera, Hal Horn se alzaba a veinte metros de distancia, con la carabina sujeta firmemente en su mano derecha. Se presentó a Thyne de perfil, ofreciéndole un objetivo distinto de Corran. La expresión en el rostro de su padre llevaba

una gravedad que Corran no había visto desde el funeral de su madre. Los ojos de Hal parecían vacíos de odio y miedo, pero llenos de resolución.

—Es mi deber informarle, Zekka Thyne, que soy el inspector Hal Horn de la Fuerza de Seguridad Corelliana y que está bajo arresto. Tengo una orden válida para detenerle por violar las leyes de contrabando. Suelte a su rehén y deje de complicarse las cosas.

Thyne soltó una risita en voz baja, llena de desdén.

—No, así no es cómo van a ocurrir las cosas. Vas a retirar el dedo del gatillo y bajar tu arma.

—No puedo hacer eso.

—Lo harás. —Thyne estrechó su presa sobre el cuello de Corran—. Mi visión es lo bastante buena incluso en una oscuridad completa como para distinguir la menor presión de tu dedo sobre el gatillo. Y mis reflejos son lo bastante buenos como para atravesar la cabeza de tu socio con tres disparos antes de que completes ese movimiento. Puede que me detengas, pero tu socio estará muerto. Hazlo, ¡*ahora*!

Hal frunció el ceño.

—De acuerdo, no te precipites.

—¡No, Hal! Dispárale…

Thyne presionó el arma con más fuerza contra la mandíbula de Corran.

—Has sido lo bastante estúpido como para unirte a SegCor, no seas tan estúpido como para morir por ello.

Hal levantó la mano izquierda.

—De acuerdo, voy a hacer lo que has dicho. Estoy retirando mi dedo del gatillo.

Corran trató de agitar la cabeza para decirle a su padre que no acatase la orden de Thyne. *Tiene que saber que en el instante en el que quede desarmado, Thyne me disparará y luego le disparará a él. Puede que yo ya esté muerto, pero no hay motivos para que él también muera.*

El índice derecho de Hal Horn se apartó lentamente del gatillo de la carabina bláster. Y al mismo tiempo, todos los dígitos se borraron de la luz trasera del punto de mira luminoso. El dedo se enderezó y Corran vio huesos apuntándole. *Es el fin. Ambos nos quedaremos aquí para que nuestros esqueletos se pudran eternamente.*

Entonces el disparo azul surgió del cañón de la carabina. El aire crepitó y el pelo de Corran se puso de punta cuando el disparo pasó rozándole y golpeó a Thyne. Las nubes azules resultantes del disparo hicieron que un escalofrío recorriera el cuerpo de Corran y lo debilitaron lo suficiente como para caer sobre manos y rodillas. Tras él, el cuerpo de Thyne golpeó el suelo con un ruido sordo acompañado por el ligero sonido metálico de la pistola bláster bailando en la oscuridad.

Hal se agachó rodilla en tierra junto a su hijo, y luego disparó una nueva carga aturdidora contra Thyne.

—¿Estás bien, hijo?

Corran se sentó sobre sus talones.

—Lo estaré. —Se frotó un lado del cuello con su mano derecha—. Me ha hecho un hematoma para compensar el que me hizo Kast. Tener marcas de bláster en la cabeza y el cuello es una experiencia sin la que podría haber vivido.

—Mejor eso que dejar que los disparos alcancen su objetivo, como aquí nuestro amigo ha descubierto.

Corran observó a Thyne a la luz de la carabina de Hal.

El área alrededor del ojo derecho de Thyne había comenzado a hincharse, indicando dónde el disparo le había golpeado.

—¿Cómo lo has…?

Hal sonrió.

—El pequeño diamante dorado de su ojo me ofrecía un buen objetivo. Tan sólo me centré en él, dejando a un lado mi preocupación por ti tanto como pude, y disparé.

Hal miró a su padre frunciendo el ceño.

—No, eso no. Tenías el dedo fuera del gatillo y el arma se disparó de todos modos. ¿Cómo has hecho eso? ¿Es que el vapor de especia de ahí atrás te ha dado alguna especie de poder telequinético o algo?

—¿Yo, mover algo con el poder de la mente? —Hal negó con la cabeza y blandió la carabina—. Esto es un arma de disparo fácil. Al mismo tiempo que retiraba mi índice del gatillo, fui capaz de levantar el dedo corazón y golpear el gatillo con él. Nada especial ni extraño, sólo sigiloso.

A pesar de la sonrisa en el rostro de su padre y la fría lógica de su respuesta, Corran no podía desprenderse de la sensación de que su padre no le estaba diciendo toda la verdad. *Probablemente no quiere que sepa la suerte que ha tenido al hacer ese movimiento, pero al menos ha tenido las agallas de hacerlo. No habría querido estar en su pellejo ni por toda la especia de la galaxia.*

Hal ofreció a Corran la pistola bláster de Thyne, y luego puso a Thyne en pie y se lo echó encima del hombro.

—Puedo sentir una brisa ahí adelante. Ya casi hemos salido.

Corran recuperó su propia carabina bláster y la llevó sujetándola por la empuñadura en su mano izquierda mientras llevaba la pistola bláster con la derecha, usando su linterna para iluminar su camino.

—Veo algo ahí adelante. Las estrellas y Selonia en el exterior.

Los dos agentes de SegCor salieron de la caverna con bastante facilidad. La entrada había sido bloqueada con un entramado de barrotes de hierro, formando una puerta similar a la de la prisión de la que acababan de escapar. Corran abrió la cerradura de un disparo y salió el primero a un pequeño claro con césped.

Hal dejó caer a Thyne al suelo y se llevó la carabina bláster de nuevo a las manos.

—Registrémosle a ver si lleva un comunicador. Podríamos llamar a un transporte para que nos recoja.

Corran se arrodilló sobre el cuerpo y comenzó a registrarlo cuando una voz que sonaba vagamente mecánica le espetó una orden.

—Dejad las armas, las manos arriba —dijo el primero de los ocho soldados de asalto que aparecieron como fantasmas de los árboles que rodeaban el claro. Sus armaduras blancas como esqueletos reflejando la luz de la luna hacían de ellos blancos muy fáciles. El hecho de que cada uno de ellos blandiese una carabina bláster convenció a Corran para alzar las manos. *No puedo imaginarme a ninguno de ellos con el arma preparada para aturdir*.

Hal dejó su carabina en tierra con cuidado.

—Soy el inspector Hal Horn y este es mi compañero, Corran Horn. Somos de SegCor. Acabamos de arrestar a Zekka Thyne.

El líder de los soldados de asalto se aproximó a Hal.

—Parece como si estuvierais tratando de ayudar a Thyne a escapar y me estuvierais mintiendo.

Corran frunció el ceño.

—Vaya conclusión más estúpida. No sé por qué llevas ese casco tan grande para protegerte la cabeza, porque está claro que lo que hay dentro no lo usas demasiado bien.

El soldado de asalto giró su arma para apuntar a Corran.

—En pie, escoria de Sol Negro.

Corran lanzó una mirada a su padre mientras se levantaba.

—Supongo que somos sus prisioneros.

El soldado de asalto negó con la cabeza.

—¿Quién ha hablado de tomar prisioneros?

Hal habló en voz baja y calmada, pero llena de intensidad y fuerza.

—Creo que preferiría una orden específica de su superior acerca de dispararnos. Creo que actuar de otro modo podría poner en serio peligro su carrera, y posiblemente su vida.

El soldado de asalto se giró hacia Hal y Corran pensó por un momento que tendría que saltar contra el hombre para evitar que disparase a Hal.

Corran también podría haberle atacado, porque había visto incontables cuerpos que habían acabado muertos por hacer comentarios que ni siquiera eran polémicos. Lo que le retuvo fue el modo en que los movimientos del hombre se ralentizaron mientras observaba a Hal.

El soldado de asalto no estaba reaccionando al tono o al desafío de las palabras, sino que estaba considerando todo su significado.

¿Nunca se acabarán las sorpresas?

Un comunicador sonó en el interior del casco del hombre y los murmullos de la conversación zumbaron en la noche. Corran sonrió y miró a su padre encogiéndose de hombros. Hal le devolvió la mirada guiñando un ojo y se permitió mostrar un inicio de sonrisa burlona.

El soldado de asalto alzó la cabeza.

—Será una espera de uno o dos minutos.

Hal asintió, y luego señaló con el pulgar hacia la boca de la caverna.

—Puede que quiera que su escuadra asegure esa caverna. Conduce a la oficina de Thyne. Su gente puede entrar por ahí y atacar las torres desde abajo, porque si comienzan los disparos, su gente morirá intentando tomar el lugar.

El soldado de asalto lo pensó durante un instante, y luego envió a la mitad de su escuadra. El trío restante se colocó vigilando el perímetro mientras su líder mantenía su bláster apuntando a Corran y a su padre.

El aire de la noche era ligeramente helado, y Corran pronto notó el hecho de que antes habían estado sudando.

—¿Le importa si bajo los brazos? Tengo algo de frío.

El soldado de asalto negó con la cabeza.

—Aún puedes tener más frío.

—Bonita noche, ¿verdad? —Corran mostró al hombre una sonrisa llena de dientes y alzó los brazos aún más.

Un soldado con el uniforme verde oliva del Ejército Imperial apareció de entre los arbustos, flanqueado por dos soldados de asalto más. El conjunto de ocho barras con cilindros de rango a cada lado que llevaba en el pecho indicaba que era un coronel.

Su mirada de ojos oscuros pasó del padre al hijo, y luego se detuvo en el cuerpo de Thyne.

—Zekka Thyne. Pueden bajar sus manos. Supongo que ustedes son los agentes de SegCor.

Hal asintió.

—Hal Horn. Este es mi hijo, Corran. Tengo un disco que me identifica en el zapato. También contiene una orden de SegCor que nos autoriza a registrar este lugar y arrestar a Thyne. Puedo sacarlo para usted, si lo desea, para demostrar quiénes somos.

—Soy el coronel Veers, y creo que ustedes son quienes dicen ser. Mi fuente indicaba que aparecerían por los alrededores, e incluso sugerían que quizá quisiéramos apoyarles. —Miró al soldado de asalto que había amenazado con matarlos—. Aparentemente, mis razones para enviar aquí a esta escuadra no se entendieron del todo.

Hal se encogió de hombros.

—Nadie ha abierto fuego, de modo que no pasa nada.

Corran señaló a Thyne.

—Nos hemos encargado de los peores. No quedan muchos más ahí dentro y, en este momento, todos deberían ser hombres de Thyne.

Hal asintió.

—Pueden usar sin problemas la zona para prácticas de tiro.

—Lo recordaré si nos dan una razón para entrar. —Veers sonrió—. ¿Por casualidad no habrán notado ningún indicio de agentes rebeldes o suministros de la rebelión ahí dentro?

—No, pero como inspector de SegCor, creo que estoy autorizado en pedir asistencia para llevar a cabo una orden de captura de sospechosos. —Hal miró a las colinas a ambos lados del valle—. Podría comprobarlo con mi oficial de enlace, pero llamar a Ciudad

Crescent desde aquí podría ser imposible, de modo que supongo que tendré que apañármelas solo.

Veers agitó la cabeza.

—Lástima.

—Y que lo diga. —Hal señaló con una mano hacia la caverna—. Coronel, si usted y su escuadra quisieran ayudarme, estaría de lo más agradecido.

—Siempre estamos dispuestos a trabajar junto a los oficiales locales. —Veers asintió a Hal con la cabeza y señaló a sus soldados de asalto la oscura apertura—. Ya le habéis escuchado. No esperéis a que disparen primero, tenemos vía libre.

Los soldados de asalto avanzaron con un sonido de entrechocar armaduras.

Veers tendió a Hal un comunicador.

—Su contraseña de paso es «obra maestra». Vaya a nuestro perímetro y tome uno de nuestros deslizadores terrestres para sacar a su prisionero de aquí.

—Gracias. —Hal, volviendo la mirada a la cueva, señaló un torrente de disparos láser verdes provenientes de una de las torres de la mansión hacia el suelo—. Parece que su guerra ha comenzado.

—Entonces vayamos rápido y acabemos con ella.

Veers se cuadró rápidamente ante ellos y salió corriendo tras sus hombres.

Corran se quedó mirando al oficial imperial.

—Pensaba que los imperiales creían en el liderazgo desde la retaguardia.

—No todos, por lo que parece. —Hal agarró las manos de Thyne y se echó al hombre sobre su espalda—. Cógele de los tobillos, ¿quieres?

—Claro. —Corran agarró los tobillos de Thyne y avanzó siguiendo a su padre—. Entonces, ¿este es el fin del Sol Negro en Corellia?

—Lo dudo. No creo que dos agentes de SegCor, un puñado de contrabandistas y un cazarrecompensas que no es un cazarrecompensas sean suficientes para acabar con Sol Negro. Incluso aunque el coronel y su gente derruyan este lugar, el príncipe Xizor sigue teniendo suficiente poder y recursos para restaurarlo a su estado anterior, y tienes que saber que hay infinidad de individuos deseando ocupar el lugar de Thyne.

Corran se estremeció.

—Sí, me temo que tienes razón. Qué deprimente.

—¿Deprimente? —Hal se giró para mirar a su hijo—. No es deprimente. Mientras siga habiendo Horns para atrapar a los criminales, el príncipe Xizor puede enviar todo lo que quiera hacia nosotros.

—¿Y no encuentras deprimente esa perspectiva? —Corran le miró frunciendo el ceño—. Si no es deprimente, ¿entonces qué es?

—Creo que es obvio, hijo. —La sincera carcajada de Hal ensordeció los gemidos de los blásteres que se disparaban acá y allá—. Es el trabajo de las fuerzas de seguridad. Puede que no sea un trabajo fácil, y es peligroso gran parte del tiempo, pero es un trabajo que mantiene el mal a raya y no hay nada mejor a lo que poder dedicar tu vida.

Corran asintió y recordó un fragmento de la conversación que había tenido con Riij Winward.

—¿Y qué haremos cuando el único mal que quede en la galaxia sea el Imperio?

—Esa es una buena pregunta, Corran, una muy buena pregunta. —El cansancio pareció asomar en la voz de su padre—. Es una que cada persona debe responder por sí mismo. Sólo espero que, cuando me llegue el turno de responderla, tenga la sabiduría de elegir la respuesta correcta y la fortaleza de actuar en consecuencia.

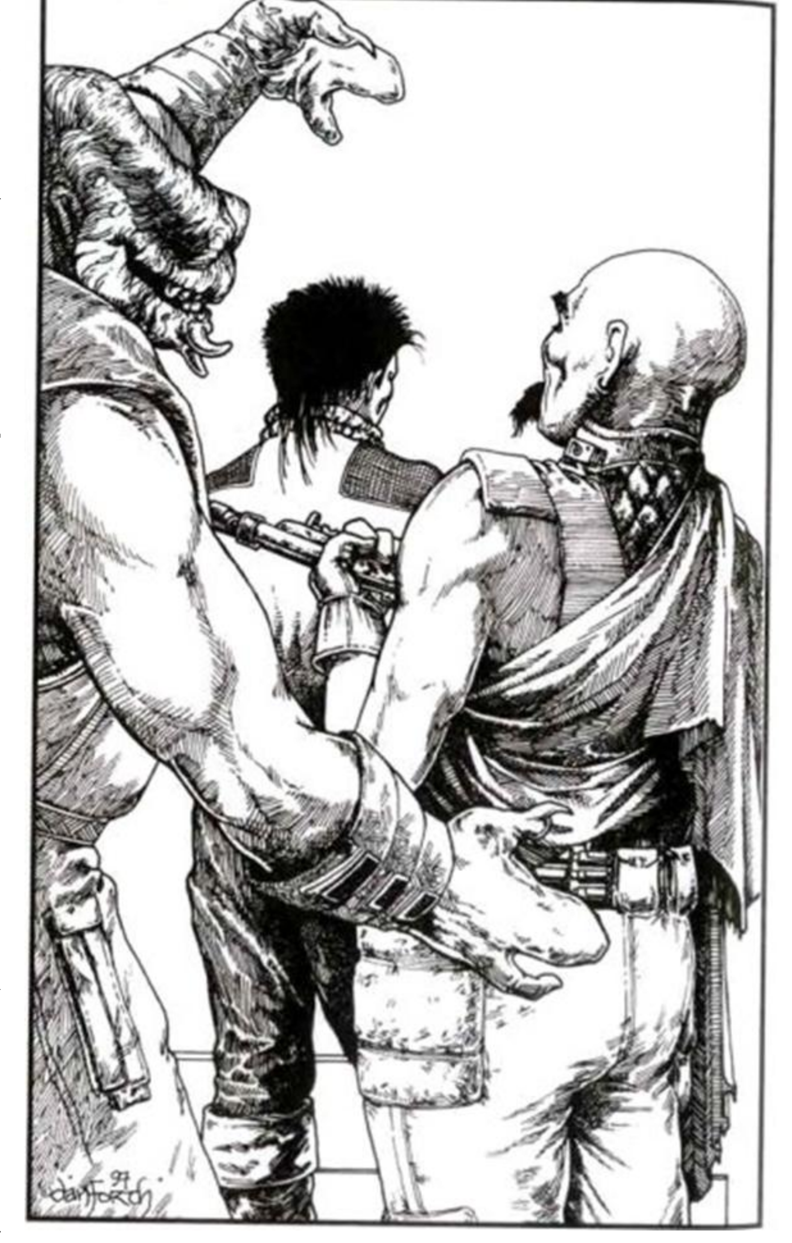
—Yo también.

—Las tendrás, Corran, no lo dudes. —Hal asintió, guiñándole un ojo—. Cuando llegue el momento, verás la luz y aquellos que se muevan desde las sombras para enfrentarse a ti lamentarán su decisión durante lo poco que les quede de vida.

Parte Cuatro

por Timothy Zahn

Los deslizadores aéreos de Zekka Thyne estaban almacenados en el extremo inferior de una sección abierta del tejado de la fortaleza, en el interior de una estructura con aspecto de búnker, con una única entrada desde la propia fortaleza y una única salida del estilo de las bahías de hangar. Dos guardias estaban de servicio, pero su atención estaba centrada al exterior hacia el distante fuego bláster proveniente de los bosques que rodeaban la fortaleza, y ninguno de ellos advirtió la sombría mole de Rathe Palror moviéndose en silencio tras ellos.



Un par de movimientos engañosamente delicados de la mano del tunroth, y ambos guardias perdieron temporalmente la capacidad de notar cualquier cosa.

—Me tienes que enseñar ese truco —comentó Trell, agachándose para mirar por la ventanilla de un deslizador aéreo de aspecto prometedor.

El vehículo parecía bastante ordinario, pero en la débil luz podía ver el panel de control de las armas añadidas, encajado disimuladamente bajo el panel principal en el lado del pasajero. Perfecto.

—Nos llevaremos este. ¿Aún tienes ese estilete molecular?

—Aquí —rumió el tunroth, terminando su tarea de despojar a los guardias de sus armas para buscar el fino cilindro en su cinturón—. ¿No sería mejor que nos llevásemos uno de los vehículos blindados? —añadió, señalando con los cuernos de su barbilla hacia uno de los tres Freerunners KAAC

aparcados cerca de la amplia apertura de salida mientras tendía el arma en dirección a Trell.

—Son un poco llamativos para conducirlos por la ciudad —le dijo Trell mientras tomaba el estilete. Extendiendo la hoja casi invisible, comenzó a cortar con cuidado alrededor del mecanismo de cierre del deslizador aéreo—. Este tiene algo de poder de disparo oculto; eso quiere decir que probablemente también tenga algo de blindaje oculto.

Para cuando Palror se unió a él, ya había abierto la puerta y estaba sentado en el asiento del conductor.

—Sí, esto servirá —dijo, extrayendo el panel de armamento para mirarlo más de cerca—. ¿Vosotros, los cazadores, sois buenos con material no tradicional, como cañones láser ligeros y lanzagranadas de conmoción?

—Un *shturlan* puede trabajar con todo tipo de armas —dijo Palror, dejando caer los rifles bláster que acababa de agenciarse al asiento trasero y mirando por encima del hombro de Trell.

—Bien; estás contratado —dijo Trell, comenzando a abrocharse las correas de seguridad—. Yo conduciré.

Trell no estaba seguro de qué estaba pasando exactamente en los bosques que rodeaban la fortaleza de Thyne. Pero fuera lo que fuese, definitivamente parecía estar empeorando. El bosque bullía con los amortiguados chasquidos de múltiples disparos de bláster, y asomaban discretos destellos por los huecos del dosel de hojas en al menos dos lados de la fortaleza.

—Estoy seguro de que ahí fuera están demasiado ocupados como para preocuparse por nosotros —murmuró mientras conducía el aerodeslizador por la apertura hacia la plataforma de aterrizaje justo en el exterior del búnker—. Corran y Hal van a tener bastantes problemas para atravesar todo eso.

—Pero menos de los que podrían haber sido —dijo Palror—. ¿No recuerdas? Thyne ha dispersado a la mayor parte de sus hombres haciendo recados.

Trell hizo una mueca.

—Sí, lo recuerdo. Un grupo para capturar nuestro cargamento, el otro para atrapar a Maranne y Riij.

—Pero siguiendo los consejos de Jodo Kast —le recordó Palror—. Si Kast está aquí realmente para enfrentarse a Thyne, entonces no permitirá que se haga ningún daño a nuestros compañeros.

—No me lo trago —gruñó Trell—. Incluso si Corran y Hal estuvieran aquí ahora mismo, eso no significa que el resto de nosotros le importemos una boñiga de slork. *Y* eso asumiendo que tengan razón, de lo que no tenemos ninguna prueba. Personalmente, creo que tenemos las mismas probabilidades de que Thyne y Kast hayan planeado juntos todo el asunto para descubrir a un par de agentes secretos de SegCor y atraerlos a una trampa. En ese caso, probablemente ya estén muertos.

—Si fuera así, nosotros también lo estaríamos —señaló Palror—. ¿Quiénes somos nosotros para que Kast nos permita escapar?

—Sí, bueno, aún no hemos escapado exactamente —le recordó secamente Trell, ojeando el espacio abierto en el borde de la plataforma de aterrizaje con el estómago revuelto por la aprensión. Pero dejar las cosas para más tarde no les ayudaría en nada excepto en incrementar las probabilidades de que alguien del interior de la fortaleza descubriera que ya no estaban y diera la voz de alarma.

Y además, gracias a Kast, Maranne y Riij estaban avanzando hacia una trampa en la cantina Refugio del Mynock.

Posiblemente ya habían caído en ella. No estaba demasiado preocupado por Riij; el tipo era un agente rebelde y no era su responsabilidad.

Pero Maranne era su socia, y jamás se lo perdonaría si la abandonase a manos de los matones de Thyne.

—Estamos perdiendo el tiempo —murmuró Palror a su lado—. No dejaré a Riij en peligro.

—Lo mismo digo —dijo Trell, activando los repulsoelevadores y enviando potencia al motor. No abandonaría a Maranne, y Palror no abandonaría a Riij; y mientras el tejado de la fortaleza se alejaba bajo ellos se dio cuenta con la habitual claridad de la retrospectiva que Kast probablemente había establecido los distintos grupos teniendo en mente precisamente esas distintas lealtades.

Aunque seguía sin saber con qué fin. Y no estaba seguro de querer saberlo.

Aún estaba rumiando la cuestión treinta segundos después cuando los dos bombarderos TIE aparecieron limpiamente en formación a su lado.



Habían estado sentados en el Refugio del Mynock durante cerca de media hora y, en opinión de Riij Winward, había sido otro fracaso.

—No van a venir —dijo en voz baja a la mujer del otro lado de la pequeña mesa—. Con quienes quiera que debiéramos encontrarnos aquí, no van a venir.

—Creo que tienes razón —respondió Maranne Darmic con un gruñido, rascándose con fruición la nuca—. Apunta otro gran cero al gran y maravilloso Jodo Kast.



—El gran incompetente, quieres decir —dijo Riij, mirando con disgusto a la flor jebwa roja y amarilla en el centro de su mesa. La tarjeta de datos de Kast especificaba que la flor era su señal de identificación, pero hasta ahora ninguno de los otros parroquianos de la cantina le había prestado atención más de una vez.

Teniendo en cuenta la clientela, la mayoría de sus primeras miradas ya habían sido lo bastante humillantes.

—Sí —convino Maranne—. Te hace pensar seriamente en sus probabilidades de sacar a Trell y Palror y los demás del escondite de Zekka Thyne.

—A *mí* me hace pensar seriamente en si realmente quiere sacarlos de allí —replicó sombríamente Riij.

Maranne le miró fijamente.

—¿Crees que todo el asunto ha sido un montaje?

—Cada vez da más esa impresión —dijo Riij, echando un vistazo a la cantina con el ceño fruncido—. Fíjate en la cadena de acontecimientos. Primero envía a Trell al puesto equivocado de la Calle de la Nave del Tesoro, lo que aparentemente pone a Thyne y su gente al corriente de que buscamos a Borbor Crisk. Luego vuelve a mandar a Trell, Palror y Hal y deja que los atrapen. Finalmente, va él personalmente con Corran y nos envía a nosotros a este recado estúpido. Nadie que se dedique al negocio de Kast puede ser tan incompetente y haber sobrevivido tanto tiempo.

—¿Crees que otra persona se está haciendo pasar por Kast? —sugirió Maranne—. Quiero decir, todo lo que hemos visto es su armadura.

—Posiblemente —dijo Riij—. Pero ahora recuerda cuándo comenzó realmente todo este lío: a bordo de un destructor estelar imperial.

—Viéndonos obligados a aceptar el recado de un capitán imperial. —Maranne maldijo en voz baja—. Tienes razón. ¿Hasta dónde puede llegar la estupidez de un grupo de gente, de todas formas?

—Estamos a punto de ganar varios premios, es cierto —convino Riij—. La única pregunta es cuál es exactamente el juego que están jugando los imperiales.

—Yo voto por tratar de causar un problema entre Thyne y Crisk —dijo Maranne—. Quizá buscando una excusa para golpear con fuerza a ambos bandos.

—Usando la especia y las gemas como cebo —dijo Riij—. De todas formas, sea lo que sea lo que pretenda Kast, hay una cosa que no sabe.

Maranne sonrió socarronamente.

—Que el cargamento ya no está a bordo del *Hopskip*.

—Exactamente —Riij dejó caer un par de monedas sobre la mesa y se levantó—. Vamos, salgamos de aquí. La gente de Crisk no va a dejarse ver.

—Entonces, ¿Cuál es nuestro siguiente paso? —preguntó Maranne, levantándose a su lado.

—El plan B de Kast, supongo —dijo Riij, volviéndose hacia la puerta y abriéndose paso con los hombros a través de un grupo de ociosos—. Llevamos nuestras cajas de

muestra a la fortaleza de Thyne y vemos si podemos conseguir hacer un trato para comprar la libertad de Trell y Palror.

Maranne le alcanzó y se puso a su lado.

—¿Vas a seguir el plan de Kast? —preguntó con incredulidad—. ¿Qué estás, loco?

—No, sólo desesperado —concedió sombríamente Riij—. Aparte de nosotros dos irrumpiendo en el lugar, no veo ninguna otra opción.

—¿Qué hay de tus…? —Maranne echó un rápido vistazo a su alrededor y bajó la voz—. ¿Qué hay de tus amigos?

Riij hizo una mueca. Sus amigos: La Alianza Rebelde. Una petición bastante razonable, suponía, especialmente cuando, para empezar, la única razón por la que él y Palror se encontraban a bordo del *Hopskip* era para vigilar el cargamento de blásteres que Trell y Maranne habían aceptado pasar de contrabando a los rebeldes de Derra IV. Por desgracia…

—No pueden ayudarnos —le dijo con pesar—. Incluso si los líderes aceptasen, costaría demasiado tiempo reunir una fuerza suficiente para superar a Thyne, a Seguridad de Corellia *y* a la guarnición imperial local.

—¿Estás seguro de que no es únicamente que no quieren que el príncipe Xizor y el Sol Negro estén molestos con ellos? —preguntó Maranne con rencor.

—Tienes que saber elegir tus batallas con cuidado, Maranne —dijo Riij con un suspiro—. Personalmente, yo creo que ya hemos mordido más de lo que podemos tragar.

—Supongo que tienes razón —murmuró Maranne—. Vale. Démosle una oportunidad al plan B.

Ya habían llegado a la puerta, abriéndose paso por mitad de un grupo de duros que entraba en ese momento y saliendo al bochornoso aire nocturno.

El baqueteado deslizador terrestre del *Hopskip* estaba aparcado en la pequeña explanada de la izquierda…

—¿Perdón? —llamó una voz dubitativa.

Riij se dio la vuelta, dejando caer su mano de forma automática a la empuñadura de su bláster. Un hombre de complexión fuerte salió de la cantina sólo unos pasos por detrás de ellos, sujetando su flor jebwa con una mano carnosa.

—¿Sí?

—Os olvidáis la flor —dijo el hombre, lanzándola por el aire hacia ellos. Automáticamente, Riij trató de atraparla… Y de repente había un pequeño bláster en el pesado puño del hombre—. Calma y tranquilidad —dijo el hombre—. ¿Selty?

—Estoy en ello —dijo una voz desde algún punto detrás de Riij. Se oyeron unas rápidas pisadas acercándose, y Riij sintió que su bláster salía de su funda. Un momento después, y Maranne también estaba desarmada—. Los tengo.

—Ahora sólo seguid caminando —dijo el primer pistolero, señalando en la dirección en la que Riij y Maranne estaban caminando—. Echemos un vistazo a vuestro deslizador.

El aparcamiento estaba oscuro y desierto. Pero no iba a estar desierto por mucho tiempo. Mientras Riij abría la marcha hacia el deslizador pudo ver las oscuras siluetas que se acercaban desde todas direcciones.

Quien quiera que fuese que quisiera atraparles, no parecía interesado en dejar nada a la casualidad.

—¿Queréis decirnos cuál es el vuestro? —preguntó el hombre robusto.

—¿Queréis decirnos de qué lado estáis? —replicó Riij.

Los ojos del otro destellaron.

—No te la juegues, escoria —advirtió secamente—. Ya tenéis bastantes problemas con nosotros ahora mismo.

—Debe ser con Zekka Thyne —dijo Maranne con pesar.

—Debe ser —convino Riij, con el corazón latiendo un poco más fuerte. De modo que ahora definitivamente tendría que ser el plan B—. Es ese marrón sucio de allí.

Dos de los matones que se acercaban se giraron hacia el deslizador, y el resto formaron un círculo de vigilancia disperso pero competente alrededor de los prisioneros y sus dos escoltas.

Un círculo de dos lados, observó Riij con interés, con tantos miembros mirando hacia fuera como hacia dentro. ¿Esperaban problemas, quizás?

Los matones ya habían abierto el compartimento de carga y alzaron las dos cajas *trucadas* con gruñidos de satisfacción.

—Las tengo, Grobber —dijo uno de ellos—. Un par de cajas *trucadas*, tal y como dijo el hombre.

—Todo preparado para enriqueceros, ¿eh? —dijo el hombre robusto, lanzando una mirada sombría a Riij—. Apuesto a que Kast no estaba lanzando aros de humo, después de todo.

Riij miró a Maranne, que le devolvió la mirada.

Estaban en lo cierto; definitivamente Kast estaba jugando a algún loco juego a dos —o tres— bandas con ellos.

—¿Kast os ha hablado de esto? —preguntó.

—Desde luego que sí —le aseguró Grobber—. De modo que ¿a qué corresponde este primer pago?

Riij negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte. Fuimos contratados para entregar las cajas, eso es todo.

—Claro —rugió Grobber—. Sólo entregar las cajas. Y si resulta que Crisk las llena mientras os habéis dado la espalda… bueno, eh, eso no es de vuestra incumbencia, ¿no? Promk, ¿qué frink estás haciendo?

—¿A ti qué te parece? —replicó uno de los hombres del deslizador. Había dejado una de las cajas sobre la capota y estaba haciendo saltar el sello con una navaja—. Un par de tipos listos, un par de cajas vacías; supongo que podría ser divertido enviárselas a Crisk con sus cabezas dentro.

De pronto Riij notó que el cuello de su camisa le apretaba la garganta.

—No creo que eso fuera una buena idea —dijo, tratando de mostrar firmeza en la voz—. No sabéis dónde están el resto de las cajas.

—No, ¿eh? —Grobber hizo una mueca de desprecio, sacando un comunicador y activándolo con el pulgar—. ¿Skinkner? Eh, Skinkner, da señales de vida.

—Muy gracioso, Grobber, muy gracioso —respondió una voz distorsionada—. ¿Qué quieres?

—¿Estáis ya en el Depósito de Almacenes Dewback?

—Sí, desde luego. Si estás pensando en delatarnos ante Thyne por hacer el vago, no tienes suerte.

—Ni se me había pasado por la cabeza —dijo Grobber, lanzando otra mirada llena de desprecio hacia Riij—. ¿Aún crees que no sabemos dónde están el resto de las cajas, bocazas?

Riij sintió un nudo en el estómago. Ahí se acababa el Plan B. Ahí, también, se acababa cualquier ventaja que pudieran haber tenido ante Thyne y su gente. Cualquier oportunidad de rescatar a Palror y Trell recaía directamente en sus manos y las de Maranne.

Asumiendo que fueran capaces de encontrar un modo de salir de esta situación, su propio lío privado. Con cuidado, tratando de moverse disimuladamente, Riij miró al anillo de matones de su alrededor, tratando de formular alguna especie de plan razonable…

—*¡La madre de los Sith…!*

Riij giró la cabeza. De pie junto al deslizador, Promk finalmente había conseguido abrir la caja *trucada*.

…E incluso bajo la débil luz Riij pudo ver la expresión de asombro en su rostro.

—Grobber… tienes que… ¡por todos los frinking…!

—¿Es que estás borracho, o qué? —preguntó Grobber, caminando a paso firme hacia él. Dio dos pasos, y de pronto su cara también cambió—. ¿Qué dem…? —balbuceó, cubriendo prácticamente de un salto la distancia que le separaba de Promk.

Riij olisqueó con cuidado la brisa nocturna, captando el débil olor de la especia.

—¿Decíais algo de cajas vacías? —preguntó.

Grobber le ignoró.

—Abre la otra —ordenó, sacando su propia navaja y probando delicadamente la especia—. Selty, ven aquí. Los demás, estad atentos por si hay problemas.

Selty se unió a su jefe mientras Promk colocaba la segunda caja y se ponía manos a la obra, y por un momento los dos matones conversaron en voz baja junto a la caja de especia. El debate se interrumpió por el crujido del duraplástico al romperse, y los dos se unieron a Promk junto a la segunda caja.

Alguien silbó de admiración.

—Grobber… ¿eso son…?

—Gemas de fuego Durind —dijo Grobber, alzando sus ojos como turboláseres gemelos hacia el rostro de Riij—. Vamos a ver, amigo, y que sea claro y rápido. ¿A qué clase de frink juego estáis jugando?

—Ya te lo dije antes: no estamos jugando a ningún juego —le dijo Riij—. Nos han enviado a entregar la mercancía, y ya está. Si está teniendo lugar un juego, lo está manejando algún otro.

—Kast —gruñó uno de los otros matones.

—O Kast y Crisk —respondió Grobber con otro gruñido, tomando de nuevo su comunicador—. ¿Skinkner? Despierta, Skinkner.

—¿Qué quieres? —preguntó la voz del otro—. Frink, Grobber…

—Calla y escucha —ladró Grobber—. ¿Has mirado ya en alguna de esas cajas?

—Por supuesto que no. Thyne dijo que sólo las vigilásemos hasta que los pistoleros de Crisk aparecieran para llenarlas con…

—Idiota… Ya están llenas —exclamó Grobber—. Lo que significa que el contrato ya se ha firmado.

La voz del comunicador soltó una maldición.

—Kast.

—Eso diría yo —dijo Grobber—. Comienza a reunir a tus hombres… Voy a avisar a Control. —Volvió a teclear en el comunicador—. ¿Control? Al habla Grobber. ¿Control?

—¡Grobber! —dijo una nueva voz medio gritando, medio jadeando—. Hemos estado tratando de contactar contigo desde hace media hora… ¿Dónde frink estás?

—En el Refugio del Mynock —dijo Grobber—. Escucha…

—No, escucha *tú* —le cortó el otro—. Nos están atacando, skrag… será mejor que vuelvas ahora mismo.

—Espera un momento, espera un momento —dijo Grobber—. ¿Qué ataque? ¿Quién está atacando?

—¿Tú quién crees? Los frinking imperiales, ¿quién si no?

Grobber miró con sorpresa a Selty.

—¿Los *imperiales*?

—Comenzó como algún tipo de operación anti-rebeldes —dijo Control—. Al menos, eso es lo que nos dijeron. Luego alguien les disparó, y de pronto estaban allí, abriéndose paso a sangre y fuego a través del muro este.

—¡Skrag! ¿Dónde está Thyne?

—No lo sé… no podemos encontrarle.

—Debe de haber escapado —murmuró Selty.

—O se habrá escondido en algún búnker privado —dijo Grobber—. De acuerdo, Control, vamos para allá. ¿Skinkner?

—Nosotros también estamos en marcha —confirmó la voz de Skinkner—. ¿Quieres que hagamos algo con estas otras cajas *trucadas*?

—Al diablo las cajas —exclamó Control—. Os necesitamos *aquí*.

—No, cárgalas y tráelas —dijo Grobber.



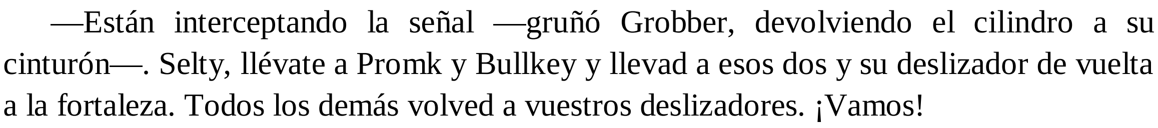
—Grobber…

—Valen una fortuna —gruñó Grobber—. Thyne nos cortará la cabeza si las dejamos atrás. Vamos, ¿qué problema pueden suponer unos pocos imperiales?

A través del comunicador, se escuchó débilmente el sonido de una explosión lejana.

—¿Eso responde a tu pregunta? —rugió Control—. Volved aquí, frink.

Y con un repentino siseo, se perdió la comunicación.



—Están interceptando la señal —gruñó Grobber, devolviendo el cilindro a su cinturón—. Selty, llévate a Promk y Bullkey y llevad a esos dos y su deslizador de vuelta a la fortaleza. Todos los demás volved a vuestros deslizadores. ¡Vamos!

Los demás se dispersaron.

—No se os ocurra intentar nada —advirtió Grobber suavemente, mirando a Riij y Maranne con sus cejas arqueadas—. Aún no hemos acabado con vosotros dos.

Tras decir eso salió corriendo tras el resto de su banda, desapareciendo en cuanto volvieron a entrar en las sombras.

—Venid aquí —exclamó Selty, empujando a Riij y Maranne. En algún lugar en la distancia, se escuchó silbar a algún ave o insecto, sonando extrañamente fuera de lugar en el entorno urbano—. ¿Bullkey?

—Estoy en ello —dijo una voz profunda desde detrás de Riij, respaldando su confianza con un golpe de bláster en la nuca—. Vamos, *moveos*.

Riij comenzó a avanzar; al hacer lo mismo, Maranne se giró ligeramente hacia él y le golpeó con el codo.

—Preparado —murmuró, con el volumen justo para que sólo él le escuchase.

En el deslizador, Promk, bajo la dirección de Selty, había recogido la caja que contenía las gemas de fuego Durind y la estaba llevando de vuelta al compartimento de carga.

La extraña ave volvió a silbar; y de pronto, inexplicablemente, uno de los bordes inferiores de la caja se abrió completamente, desparramando las gemas por el suelo.

—¡Promk! —chilló Selty, aterrado—. Idiota estúpido.

Saltó hacia delante, agarrando la caja mientras Promk trataba de ponerla boca abajo. Por un instante ambos forcejearon con ella, olvidando temporalmente a los prisioneros… Y desde detrás de Riij llegó un breve jadeo y un golpe amortiguado.

A su lado, sintió que Maranne se preparaba para atacar.

—Aún no —murmuró, dándole un toque de atención mientras alargaba sus pasos. Preocupados por las gemas volcadas, Selty y Promk aún no se habían dado cuenta de lo que estaba pasando allí. Otros cuatro pasos… tres… Si tan solo siguieran luchando con la caja por un par de segundos más… uno…

—Ahora —murmuró; y, saltando hacia delante, colocó la palma de su mano izquierda en la capota del deslizador y saltó por encima del vehículo para caer con ambos pies con fuerza contra el pecho de Promk.

El matón no tuvo tiempo de jadear antes de caer al suelo, y la caja *trucada* salió disparada de sus manos dando vueltas hacia la oscuridad. Selty, asombrado, tuvo tiempo de proferir una maldición y agarrar su bláster enfundado antes de caer con Maranne encima de él. Un rodillazo salvaje, y quedó inconsciente.

—¿Estáis heridos? —preguntó tras ellos Palror con su voz cavernosa.

—No, estamos bien —le aseguró Riij, recuperando el equilibrio y girándose. Tras el tunroth, el tercer matón yacía con el cuerpo retorcido de forma antinatural—. Buen trabajo con Bullkey —añadió.

—Por no mencionar la caja —añadió Maranne, recuperando sus blásteres confiscados del cinturón de Selty y lanzándole a Riij el suyo—. ¿Cómo conseguiste hacer eso?

—Eso ha sido cosa mía —dijo Trell, asomando desde detrás de uno de los otros deslizadores aparcados y dirigiéndose hacia ellos—. Tan sólo un estilete molecular exquisitamente bien manejado.

—Un código de silbidos y un estilete molecular —dijo Riij, agitando la cabeza asombrado—. Vosotros dos estáis llenos de recursos, ¿verdad?

—El estilete fue un regalo —dijo Trell, agachándose junto a la caja *trucada*—. Maldición… la hoja se ha roto.

—La hoja no importa —dijo Maranne, agachándose a su lado—. Recoge las gemas.

—Olvida las gemas —le dijo Riij, mirando en la dirección por la que habían desaparecido Grobber y los demás. El rescate había sido considerablemente silencioso, pero si a Grobber se le ocurría volar sobre ese punto en su camino de vuelta a la fortaleza de Thyne, los cuatro acabarían fertilizando un parterre de césped—. Salgamos de aquí.

—Pero…

—No, tiene razón —dijo Trell apretando visiblemente los dientes—. Si lo que sea que esté pasando en la guarida de Thyne acaba lo bastante rápido, puede que aún nos encontremos a los colegas de Grobber acampando en la puerta de la bahía de carga del *Hopskip*. Recoge sólo la caja y lo que sea que quede aún dentro.

Maranne siseó algo que sonó bastante grosero, pero pese a todo se levantó, con la caja ahora medio vacía en sus manos.

—Bien —dijo amargamente—. ¿Y la especia qué?

—Déjala aquí —le dijo Trell—. Corran dijo que no querríamos que nos atraparan transportando especia, y estoy bastante dispuesto a estar de acuerdo con él.

—Podemos llamar a SegCor de camino y decirles dónde pueden encontrarla —añadió Riij—. Ahora *vayámonos*.

Se apiñaron todos en el deslizador.

—Hablando de Corran y SegCor —comentó Trell mientras giraba el vehículo y daba potencia a los motores—. Resulta que son una única cosa.

—¿Corran es de Seguridad de Corellia? —preguntó Maranne, mirándole con el ceño fruncido—. Estás de broma.

—En todo caso, eso parecía cuando él y Hal hablaron —dijo Trell—. La última vez que les vimos, salían a atrapar a Thyne.

Riij hizo una mueca.

—¿En mitad de la fortaleza de Thyne? No tienen la menor oportunidad.

—Esa fue también nuestra estimación —convino Palror—. Pero teniendo en cuenta el número de los soldados de Thyne aquí y los que se están enfrentando a los imperiales fuera de su bastión, parece probable que las zonas centrales del interior puedan estar casi desiertas.

—«Casi» podría no ser suficiente —dijo Maranne—. ¿Y qué pasa con Kast? Él sigue allí, ¿no?

—He desistido a tratar de adivinar qué tipo de juego está jugando Kast —dijo Trell, trazando un giro cerrado con el deslizador para rodear un camión deslizador herglic aparcado—. Todo lo que sé es que es él quien le dio a Corran el estilete molecular que nos sacó de allí.

—Y no creemos que se trate simplemente de una trampa —añadió Palror—. Los bombarderos TIE nos estaban molestando cuando salimos de la fortaleza; en cuanto nos identificaron, nos permitieron pasar.

—Eso ha tenido que ser obra de Corran y Hal —dijo Trell—. Se supone que SegCor trabaja bastante de cerca con los imperiales estos días.

—Sí —murmuró Riij, volviendo a pensar en la breve discusión que tuvo con Corran acerca de la rebelión. Y ahora descubría que Corran era en realidad de SegCor. ¿Podría haber adivinado las verdaderas lealtades de Riij por esa conversación?

—Nos permitieron pasar a ambos —le recordó suavemente Palror.

—Lo entiendo —le dijo Riij—. También entiendo que tal y como se está desarrollando todo lo demás, eso no significa gran cosa. Si llegamos al *Hopskip* sin encontrarnos con una emboscada (de ninguno de los lados de este loco juego de fuerza) entonces quizá crea que habremos terminado con ello.

—¿Terminado con qué? —preguntó Maranne.

Riij extendió los brazos.

—Con lo que rayos estemos haciendo aquí.

Ciertamente no había ninguna emboscada tendida en exterior del *Hopskip*. Ni tampoco ninguno de sus antiguos compañeros —Corran, Hal o Kast— les esperaba allí.

Lo que *había* era una única tarjeta de datos.

—Parece el mismo material que Kast usó para pegar el estilete molecular en las barras de la celda de Corran —comentó Trell, probando a tocar los fragmentos de residuo de adhesivo que quedaban en la tarjeta de datos—. ¿Deberíamos leerla aquí, o dentro?

—Dentro —dijo firmemente Riij, tomándole la tarjeta de datos de las manos y mirando a su alrededor—. Y no hasta que no estemos fuera de aquí. Tú y Maranne empezad el programa de despegue. Palror y yo echaremos un vistazo para asegurarnos de que nadie nos ha dejado ninguna sorpresa.

Trell había arrancado los chisporroteantes motores, y Maranne tenía la computadora de navegación trazando su curso, cuando Riij y Palror volvieron de su gira por la nave.

—Parece despejado —dijo Riij a los demás mientras ambos tomaban asiento—. O, al menos, no hay nada obvio. ¿Habéis hablado ya con la torre?

—Somos los terceros en la lista para salir —le dijo Maranne—. ¿Quieres contarnos ahora un cuento antes de irnos a dormir?

—Claro —dijo Riij.

Se escuchó un débil sonido de rascado proveniente de detrás de Trell —Riij retirando los últimos restos de adhesivo de la tarjeta de datos, probablemente— y luego el breve chasquido al deslizarla dentro de su tableta de datos.

—Es de Kast —dijo Riij—. «A la tripulación y los pasajeros del *Hopskip*: Bien hecho».

—¡Bien *hecho*! —gruñó Maranne—. ¿Qué rayos…?

—Shh —la cortó Trell—. Continúa.

—«Habéis completado adecuadamente la misión que se os había asignado». —Continuó Riij—. «Podéis regresar ahora al *Amonestador* y recuperar vuestra carga. Esta tarjeta de datos servirá ante el capitán Niriz como prueba de que habéis cumplido vuestra parte del trato y hará que os devuelva la carga». Luego está firmado con su nombre y lo que parece alguna especie de marca de identidad.

—De modo que no va a volver, ¿eh? —dijo Trell, con una extraña sensación en la boca del estómago—. No estoy seguro de que eso me guste.

—Debe haber arreglado que le entreguen el pago en algún otro lugar —dijo Maranne—. No parecía que él y Niriz se llevasen muy bien.

—Quizá su pago está en el resto de las cajas *trucadas* —dijo Palror.

—No contaría con ello —dijo Riij—. Hay una postdata: “No volváis al Depósito de Almacenes Dewback a por el resto de cajas *trucadas*. Están vacías.

—¿Qué? —rugió Trell, girándose a medias para mirar a Riij por encima de su hombro—. Vamos, hombre, eso es una locura. ¿Me estás diciendo que resulta que las dos cajas que llevasteis al Refugio del Mynock eran las únicas que tenían algo dentro? ¿Cuáles son las probabilidades de que ocurriera eso?

—No tan malas, realmente —dijo Maranne con pesar—. No cuando consideras que eran las únicas dos que sabíamos que podríamos abrir y volver a sellar. Nos estaban manejando durante todo el rato, ¿verdad?

—Durante todo el rato —convino Riij—. «Y no os preocupéis tampoco por las gemas de fuego Durind o la especia. Ambas son falsas».

Trell miró al otro lado de la cabina, para encontrarse con que Maranne le miraba a él.

Parecía no haber nada que decir.

Se escuchó otro débil chasquido detrás de él cuando Riij extrajo la tarjeta de la tableta de datos.

—Bueno, hemos entrado y salido con vida —les recordó, pasándole a Trell la tarjeta de datos por encima de su hombro—. Mis instructores solían decir que ninguna misión de la que salieras por tu propio pie era un completo fracaso. Quizá nos encontremos algún día con Corran y Hal y averigüemos de qué iba todo esto.

Trell daba vueltas a la tarjeta de datos en su mano.

—Lo dudo —dijo—. Diría que todo apunta a que ninguno de los dos sabe tampoco que está pasando. —Deslizó la tarjeta de datos en una ranura de almacenamiento de su panel—. Vamos, Maranne. Salgamos de aquí.



—Sé que este tipo de cosas le avergüenza —dijo el capitán Niriz mientras servía a su huésped un vaso de agua mineral R'alla de reserva—, de modo que sólo lo diré una vez. Cuando escuché los informes de acciones militares en Corellia, estaba preocupado por su seguridad. Me alegro de descubrir que mis temores eran infundados.

—Gracias, capitán —dijo el gran almirante Thrawn, aceptando el vaso que le ofrecían y tomando un sorbo. Aún vestía la armadura de Jodo Kast, aunque sin el casco ni los guantes—. Se equivoca, sin embargo, acerca de que la expresión de preocupación o apoyo sea una vergüenza. Al contrario, la lealtad es una de las dos cualidades que valoro más en mis subordinados y colegas.

—¿Y la otra? —preguntó Niriz, sirviéndose un vaso de agua R'alla a sí mismo.

—La competencia —dijo Thrawn—. ¿El cargamento del *Hopskip* ha sido subido a bordo de nuevo ya?

—Lo están haciendo ahora, señor —dijo Niriz. Con la mayoría de la gente, divagó, la adición de la armadura mandaloriana crearía instantáneamente una poderosa aura de fortaleza y misterio. Con Thrawn, en cambio, casi parecía disminuir la sensación de autoridad que ya estaba presente en él—. El puente tiene órdenes de avisarme en cuando se marchen. —Enarcó una ceja—. Lo que me recuerda una cosa: prometió que me explicaría de qué iba todo esto cuando volviera.

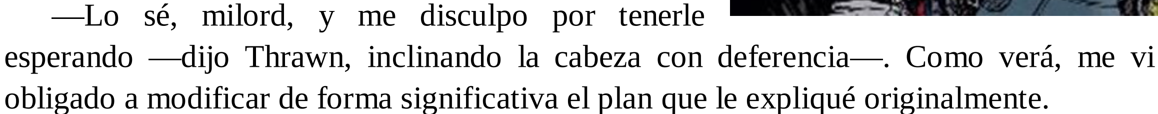
—Y eso pretendo hacer —le aseguró Thrawn—. Estoy esperando a que otra persona se una a nosotros aquí antes.

Detrás de Niriz, la puerta se abrió deslizándose. Niriz se volvió, abrió la boca para reprender a quien fuera que fuese ese oficial o tripulante que se atrevía a entrar en la oficina privada del capitán sin permiso… Y un instante después se había puesto en pie de golpe, con las duras palabras desvaneciéndose en su garganta como si hubieran sido asfixiadas hasta morir. La figura acorazada que cruzaba con despreocupada arrogancia la puerta…



—Ah; Lord Vader —dijo Thrawn, poniéndose en pie con mucha más tranquilidad—. Bienvenido a bordo del *Amonestador*. Estamos honrados por su presencia.

—Y nosotros con la suya, almirante Thrawn —dijo Lord Darth Vader, con un claro tono de desafío en su profunda voz—. Llega casi seis horas tarde.



—Lo sé, milord, y me disculpo por tenerle esperando —dijo Thrawn, inclinando la cabeza con deferencia—. Como verá, me vi obligado a modificar de forma significativa el plan que le expliqué originalmente.

—¿Pero el objetivo *se ha* logrado? —preguntó Vader.

—Ciertamente —dijo Thrawn—. Zekka Thyne y la rama corelliana del Sol Negro del príncipe Xizor ha sido efectivamente eliminada.

Niriz miró a Thrawn con sorpresa.

—¿Zekka Thyne? Pero yo pensaba…

—¿Pensaba que el Emperador tenía un acuerdo con Xizor? —preguntó Vader, volviendo su macabra máscara hacia él.

Niriz tragó saliva. La reputación de Vader respecto a los oficiales de la flota que le disgustaban… pero por otra parte, Thrawn solicitaba absoluta honestidad a sus subordinados.

—Sí, milord —dijo—. Eso pensaba.

La tensa figura de Vader pareció relajarse ligeramente.

—De momento, quizá, es cierto. Pero tales acuerdos están hechos para ser alterados. —Se volvió hacia Thrawn—. De modo que tengo entendido que hubo una acción imperial contra la fortaleza de Thyne.

—Sólo una pequeña escaramuza —le aseguró Thrawn—. Y la batalla fue instigada desde el lado de Thyne como demostrarán las grabaciones de ambos bandos. La grabación también mostrará que los imperiales estaban en la zona solamente debido a una información que recibió su comandante sugiriendo que una fuerza rebelde se estaba agrupando en esa parte del bosque.

—Información que usted suministró, por supuesto —dijo Vader, a modo de pregunta.

—Por supuesto —asintió Thrawn—. Y dado que no puede haber enlace posible entre el código de verificación que usé y cualquiera de sus fuerzas o contactos, el príncipe Xizor será incapaz de crear ninguna conexión entre usted y el informador misterioso.

—Pero *se vieron* implicadas tropas imperiales —insistió Vader—. Su primer pensamiento seré ciertamente yo.

Thrawn negó con la cabeza.

—De hecho, milord, la involucración marginal del imperio tiende a exculparle a usted ante sus ojos. Él esperaría un ataque imperial a gran escala que pudiera ser fácilmente rastreado hasta usted… o bien evitar escrupulosamente las fuerzas imperiales por

completo, quizá dejando la acción a discretos cazarrecompensas o mercenarios. La ambigüedad de los hechos reales le dejará confuso e inseguro. Lo cual, según creo, era uno de sus objetivos clave.

—Lo era —dijo Vader, sonando un poco inseguro—. Pero como usted dice, Xizor conoce mis conexiones con los cazarrecompensas. Incluso aunque Jodo Kast no se encuentra entre ellos, al asesinar a Thyne disfrazado de Kast llevará de nuevo su atención hacia mí.

Thrawn sonrió.

—Sí, pero yo *no* he asesinado a Thyne. Fui capaz de dejar su destino en manos de un par de agentes de SegCor de incógnito.

Vader inclinó ligeramente la cabeza a un lado.

—No recuerdo que Seguridad de Corellia fuera nunca mencionada en nuestras conversaciones, almirante.

—Los dos agentes se unieron por su cuenta a mi grupo —dijo Thrawn—. Y resultaba obvio desde el primer momento que se encontraban en Ciudad Coronet con el propósito específico de atrapar a Thyne. Suponía una oportunidad tan perfecta que decidí modificar el plan original para que ellos fueran quienes se encargaran de él.

—¿Entonces Thyne no está muerto?

Thrawn se encogió de hombros.

—Al menos, ha perdido todo su poder —dijo—. En realidad, tenerle bajo custodia de SegCor podría servir a sus propósitos mejor que una muerte rápida. Dejaría al príncipe Xizor preguntándose si los corellianos le están extrayendo secretos peligrosos. Una importante distracción: y la distracción, según creo, era otro de sus objetivos clave.

Sonó una señal del comunicador. Acercándose a la consola, Niriz lo activó.

—Niriz —dijo.

—Control de la bahía del hangar, señor —dijo una voz—. Informando según sus órdenes de que el *Hopskip* acaba de partir.

—Gracias —dijo Niriz—. Indique al puente que observe cuál es su vector cuando salten a velocidad luz.

—Sí, señor.

Niriz apagó el comunicador.

—Entiendo que los contrabandistas y sus amigos rebeldes realizaron su parte adecuadamente —dijo Vader.

—Bastante adecuadamente —le aseguró Thrawn—. Me proporcionaron la excusa necesaria para movilizar a los hombres de Thyne y despejar el camino a los agentes de SegCor.

Los ojos ocultos tras la máscara negra parecían taladrar el rostro de Thrawn.

—¿Y la otra parte de su plan?

Thrawn miró a Niriz arqueando una ceja de reflejos azulados.

—¿Capitán?

—Sí, señor —dijo Niriz—. Se ha instalado un dispositivo de rastreo en cada uno de los blásteres que llevaban ocultos de contrabando.

—¿Y las cajas se han vuelto a cerrar tal y como estaban?

—Al milímetro —confirmó Niriz—. No tendrán forma de saber que las cajas han sido siquiera abiertas, no digamos modificadas.

El Señor Oscuro asintió.

—Excelente —dijo.

El comunicador sonó de nuevo.

—Capitán, al habla el puente. El *Hopskip* acaba de saltar a velocidad luz. Se ha confirmado que su vector es hacia el sistema Shibric.

—Gracias. —Niriz miró a Thrawn y alzó las cejas.

El gran almirante asintió.

—Que preparen un curso de vuelta a las Regiones Desconocidas —instruyó—. Nuestra labor aquí ha terminado.

—Sí, señor. —Niriz dio la orden y apagó el comunicador.

—A no ser —añadió Thrawn, mirando a Vader—, que quiera que trate con el príncipe Xizor directamente por usted.

—Ciertamente es una idea tentadora —dijo Vader, su voz oscurecida por la amenaza velada—. ¿Un alienígena contra otro? Pero no. Xizor es mío.

—Como desee —dijo Thrawn—. Por otra parte, dudo que Shibric sea el destino final de esos blásteres rebeldes. Por su vector, y por otros fragmentos y piezas de información que he recopilado durante el viaje, mi suposición es que su punto final de recogida será en algún lugar del sistema Derra.

—Los dispositivos de rastreo nos lo mostrarán con certeza —dijo Vader—. Pero se rumorea que en el sistema Derra hay una fuerte presencia rebelde. Me aseguraré de tener algunas fuerzas esperándoles allí.

—Muy bien —dijo Thrawn—. Una última sugerencia, y luego sospecho que ambos deberemos tomar caminos separados. Tengo entendido que el general al mando de las fuerzas de tierra del *Ejecutor* presentó su repentina dimisión hace un mes. He podido observar la batalla en el exterior de la fortaleza de Thyne durante un rato mientras esperaba para asegurarme de que los contrabandistas escapaban; y en mi opinión el oficial imperial al mando está siendo desperdiciado destinado en una guarnición.

—Su opinión tiene un peso considerable —dijo Vader—. Estoy seguro de que es consciente de ello. ¿El nombre del oficial?

—Coronel Veers —dijo Thrawn—. Por el nivel de sus habilidades tácticas, también diría que se le debe un ascenso desde hace bastante tiempo. Quizá sus conexiones políticas en la estructura de mandos dejen algo que desear.

—Las conexiones políticas no me conciernen —bramó Vader, dirigiéndose hacia la puerta—. Veré qué puedo hacer con ese coronel Veers. Gracias, almirante.

—Ha sido un placer, Lord Vader —dijo Thrawn con una respetuosa inclinación de cabeza—. Un favor por otro. Quizá tengamos la oportunidad de trabajar juntos de nuevo.

Una vez más, los ojos ocultos parecieron sondear el rostro del gran almirante.

—Quizá —dijo—. Adiós, almirante.

Y con un remolino de su larga capa negra, se fue.

—Un ejercicio interesante —comentó Thrawn, dirigiéndose hacia la botella de R'alla y volviendo a llenar su vaso y el de Niriz—. Aunque no sé. Presiento que esa rebelión es quizá más poderosa y mejor organizada de lo que Lord Vader cree. Espero que nuestras acciones de aquí le permitan proporcionarles un duro golpe. —Sus brillantes ojos rojos se iluminaron mientras tomaba un sorbo de su vaso—. Pero eso no es de nuestra incumbencia, al menos por ahora. Nuestra preocupación son las Regiones Desconocidas; y ya es hora de que volvamos.

—Sí, señor. —Niriz dudó—. Si me permite la osadía, señor… su último comentario implicaba que usted ha recibido algo a cambio de ayudar a Vader contra Thyne y el Sol Negro. ¿Puedo preguntar cuál era ese favor?

—Un regalo muy personal, capitán —dijo Thrawn—. Y por eso es que sentí la necesidad de orquestar personalmente la destrucción de Thyne. Lord Vader me ha puesto al mando de un grupo de comandos alienígenas que han probado ser altamente valiosos para él a lo largo de los años. Aunque no me son de gran utilidad en las Regiones Desconocidas, no tengo la menor duda de que con el tiempo volveré adecuadamente al Imperio. Y en ese momento… bueno, veremos qué es lo que pueden hacer.

—Nunca he escuchado que Vader emplease alienígenas —dijo Niriz con incredulidad—. ¿Está seguro de que le está diciendo… bueno…?

—¿La verdad? —Thrawn sonrió—. Desde luego que sí. Recuerde bien su nombre, capitán: los noghri. Le garantizo que oirá hablar más de ellos. —Vació su vaso y lo dejó sobre la mesa—. Pero ahora vayamos al puente. Las Regiones Desconocidas nos llaman; y tenemos aún mucho trabajo que hacer.